

J. M.
FOLLETOS GRAMATICALES

SOBRE LENGUAJE

POR

CARLOS MARTÍNEZ VIGIL

Catedrático interino
de Gramática Castellana en la Universidad
de Montevideo



MONTEVIDEO
TIPOGRAFÍA Y LITOGRÁFIA ORIENTAL
CALLE TREINTA Y TRES, n.º 112
1897

Al dignísimo ciudadano Dr. Dr.
Luis Melián Lafinur.

Su admirador y amigo

El autor

SOBRE LENGUAJE

ma
FOLLETOS GRAMATICALES

SOBRE LENGUAJE

POR

CARLOS MARTÍNEZ VIGIL

Catedrático interino
de Gramática Castellana en la Universidad
de Montevideo



81.385

52.340

MONTEVIDEO

TIPOGRAFÍA Y LITOGRAFÍA ORIENTAL

CALLE TREINTA Y TRES, N.º 112

1897



SOBRE LENGUAJE

Á PROPÓSITO DE UNA OBRA DE RICARDO PALMA

No soy de aquellos que censuran una palabra sólo porque ella no figura en el *Diccionario de la Real Academia española*.

Si el vocablo es necesario y está bien formado, bien venido sea.

Pero lo que no acepto, lo que no puedo admitir, son los neologismos innecesarios ó aquellas impropietades que vienen á introducir perturbaciones perniciosas en el lenguaje.

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI REYES.

I

Aclarar los fundamentos de un asunto que se quiere tratar de buena fe, es una práctica que siempre he considerado acertada desde el doble punto de vista de la utilidad y de la lógica. He ahí por qué, antes de hacer algunas observaciones sobre el opúsculo *Neologismos y americanismos* que el reputado literato peruano don Ricardo Palma ha tenido la galantería de remitirme, quiero manifestar mi modo de pensar en este asunto, eterna cuestión que, á la manera del fénix mitológico, renace siempre de sus cenizas.

Mi opinión en esta materia es que yerran cuantos quieren resolverla con el criterio estrecho de un exclusivismo radical; que no están en la verdad ni los que piensan que una lengua puede ser indiferente al progreso, ni los que se figuran que un diccionario debe contenerlo todo, sin más cánones y límites que los impuestos por las versatilidades y caprichos del vulgo necio.

Cuantos están por el estancamiento é inmovilidad del idioma desconocen este hecho fundamental: que una lengua es un organismo, sujeto como todos á las eternas leyes de la vida. Pretender lo que ellos pretenden es desconocer que la evolución domina al mundo y lo rige, y que todo sistema que está en oposición con los hechos, tarde ó temprano tiene que caer falso de base. Si hay algo indiscutible es que la vida quiere decir acción, agitación, movimiento. Nada hay capaz de destruir ni minorar esta verdad. La *estagnación* es la muerte.

Los descubrimientos, las invenciones de todo género, los progresos de la ciencia, del arte, de la civilización en general, traen aparejados palabras nuevas para designar los objetos inventados, y nombrar las cosas nuevas con las voces ya existentes es, sobre empobrecer la lengua, introducir en ella inconvenientes gravísimos. Los que, por horror á las innovaciones, mantienen el idioma en un estado de inmovilidad musulmana, «hacen, al decir de Feijoo, lo que los pobres soberbios, que más quieren hambrear que pedir.»

Pero, si es evidente la necesidad de nuevos vocablos en el lenguaje y en el léxico, no es me-

nos cierto que su admisión en éste requiere condiciones especiales.

No basta que una voz sea sonora para que deba ser aceptada: es menester que á esto reúna el ser propia, adecuada y conforme á la índole de la lengua; no basta que sea útil: es menester que sea necesaria, ó cuando menos presente indiscutibles ventajas sobre las ya admitidas. De lo contrario, se aumenta el vocabulario sin que experimente adelanto alguno el idioma.

Existiendo palabras para designar un objeto, crear otras de menor sonoridad para denotar lo mismo, suele ser falta de gusto y de educación literaria, cuando no prueba palmar de punible ligereza.

La relación entre la expresión y el pensamiento es tan grande, hay entre ambos correlación tan estrecha, correspondencia tan exacta, que no podemos menos de censurar los trabajos ahitos de corruptelas y neologismos, por mucho que, por otra parte, sea su mérito. Es que es imposible de toda imposibilidad que tras un lenguaje desatentado, rudo, lleno de desatinos, impropiedades y bajezas, no veamos un criterio estrecho, una inteligencia inculta, un espíritu ligero y afropellido, inconsulto adorador de la pasajera moda.

Ni debe proclamarse como buena la ley de las analogías, que quizá en ninguna cosa tenga menos aplicación que en punto de lenguaje. Aclararé esta idea con una nota puesta á la voz *independizar*, cuya adopción aconseja el culto y espiritual autor de *Tradiciones Peruanas*.

Digan Rivodó y Palma cuanto quieran, *in-*

dependizar es un neologismo superfluo, y dice exactamente lo mismo que su equivalente castellano *emancipar*.

El hecho de que existan dos sustantivos, *independencia* y *emancipación*, no es suficiente motivo para admitirlo. ¿No ven á dónde nos conduciría doctrina tan original como simétrica? ¿Por qué no decir también, con arreglo á ese criterio arquitectónico, *independización* y *emancipa* (sustantivos), como decimos *emancipación* é *independencia*? La razón es obvia. En gramática, como en derecho, como en moral, lo más filosófico no es siempre lo mejor. En su formación y desenvolvimiento progresivo, los idiomas no siguen los preceptos rigurosos de una lógica de hierro, sino los procederes que la etimología y el buen uso señalan como aceptables. Una lengua no es un tablero de ajedrez, ni siquiera una buena constitución política, niveladora de derechos: una lengua es como el ejercicio de la política, y es imagen exacta de la vida con sus desigualdades irritantes. Pudiera también compararse con un jardín, donde las flores nacen espontáneamente; no con un invernáculo, en el cual el arte se sustituye á la naturaleza. Á mayor abundamiento, la riqueza de un idioma no estriba en su copia de signos, sino en la de ideas que estos signos expresan; y así como la magnificencia de un banquete no depende en manera alguna del número de los platos, sino del de los manjares, la de un idioma está más en las ideas que puede emitir, que en el número de vocablos de que consta su léxico. Para decirlo de una vez: una lengua no debe confundir la riqueza con la superfluidad.

Noto al mismo tiempo que Palma parece dar al uso más importancia de la que en buena doctrina debe atribuirse.

¿Es él autoridad en materia de lenguaje? Yo no me atreveré jamás á ponerlo en duda. Pero es ésta una de esas verdades que no pueden ser admitidas sin previo examen y estudio.

La ley de las mayorías, proclamada generalmente, y de la cual se manifiesta Palma partidario entusiasta, debe sufrir excepciones, y excepciones importantes. Desde luego, las mayorías deben contarse, no por la cantidad de hombres, sino por el número de autoridades. Así, las opiniones de un Bello, de un Cuervo, de un Jovellanos, de un Hartzenbusch ó de un Salvá, valen á mi juicio incomparablemente más que las de miles de personas que hablan porque sí, porque no han visto hacer á las demás otra cosa en la vida. Si los símiles tuvieran cabida en este asunto, yo estaría por que, así como en el Estado de la Carolina del Norte se niega el derecho de sufragio á los que no creen en Dios, en punto de lenguaje se rechazara la opinión de los que no creen en la gramática ni en la importancia de su estudio. Todos, ciertamente, tienen el derecho de hablar; mas no es nuestro deber escuchar sino á los que merecen ser oídos. Sin llevar las analogías más allá de lo razonable, puédese asegurar que en la ciencia, como en la política, la capacidad es el único título que da el derecho de voto.

Esto me parece evidente. La ignorancia, que en cuestiones morales atenúa el crimen, dice Joubert, es en sí misma un crimen de primer orden en las cuestiones intelectuales.

Pero, aun restringiendo el número de los que deben constituir la mayoría al formado por las personas competentes, es menester no olvidar el hecho de la falibilidad humana, merced al cual vemos en las obras de distinguidísimos autores gazafatones propios de la ineptitud y la inexperiencia.

Es un error, pues, elevar á la categoría de reglas lo que han dicho, sin conciencia á las veces, escritores calificados.

Un error no deja de serlo por el hecho de haber incidido en él doctores de los de más reverendas; no cambia de naturaleza tampoco por haberse en él incurrido una, diez, cien veces. Esto no prueba otra cosa sino su generalización.

Para mí es evidente que el empleo de *cuyo*, con el significado de *que* ó *el cual*, es vicio que, fuera de «dar al lenguaje un cierto olor de notaría, es característico de los escritores desaliñados», como dice Bello.

Y, sin embargo, son reos del *desatino vulgar*, según lo apellida la Academia, de emplear tal palabra con esa significación muchos autores.

Acotaré ejemplos:

San Ambrosio, exagerando el dolor de la virgen purísima en la muerte de su hijo, dice: Ni tenía la virgen el consuelo de que había de parir otro hijo. En *cuyo* lugar puso virgen por el nombre de María. (Granada, *Los seis libros de la Retórica Eclesiástica*, tomo I, capítulo IX.)

De estas lágrimas y determinación tan honrada de Sancho saca el autor de esta historia que debía ser bien nacido, por lo menos cristiano viejo, *cuyo* sentimiento enterneció algo á Don Quijote. (Cervantes, *El Ingenioso Hidalgo*.)

No vino; no llegará jamás; quizá no podrá; si podrá.

En *cuyos* ejemplos, ocurridos *acaso*, están expresadas todas las circunstancias que pueden acompañar á la significación de los verbos. (Academia, *Gramática*, parte II, cap. 3.^o) (El error continuó hasta la undécima edición.)

Hizo la guerra valerosamente contra la famosa Zenobia, y la prendió cerca de la ciudad de Palmira; *cuya* persona, etc. (Mariana, *Historia de España*.)

Este introductor superior, en *cuyo* caso, etc. (Jovellanos, *Apuntes sobre legislación*.)

Movido después de una secreta y santa afición á la vida religiosa, tomó (San Juan de la Cruz) el hábito de la orden del Carmen en 1563, en *cuyo* estado resplandeció en el ejercicio de todas las virtudes. (Ochoa, *Tesoro de los prosadores españoles*, pág. 341.)

Debiera haberse suprimido la conjunción *y*: en *cuyo* caso se significaría que no tenía igual la hermosura de Dulcinea. (Clemencín, *Comentarios al Quijote*, tomo I, pág. 185.)

Deben agradecerse á los restauradores del gusto en el siglo décimoctavo sus esfuerzos para resucitar muchas palabras que yacían sepultadas: en *cuyo* punto merece particular elogio D. Juan Meléndez Valdés. (Martínez de la Rosa, *Obras completas*, tomo I, pág. 183.)

De las veinticuatro libras que ha tragado, debe tener en el estómago y sus entrañas veinte libras cuatro onzas de materia sólida y doce libras doce onzas de materia acuática en la vejiga: *cuyas* dos sumas, etc. (Anónimo, *El Nuevo Figaro*.)

Tantas velas han salido de Cádiz, en lugar de tantos navios: en *cuyo* caso la palabra *vela*, nombre de la parte de un navio, se emplea por la de *larco*, *buque* ó *embarcación*. (Hermosilla, *Arte de hablar*, parte I, libro 3.^o, cap. 2.^o)

Pero, claman los actores: ¡La costumbre es ley! Bien haya la costumbre; podrá ser así: en *cuyo* caso no sospecho por qué han de ahorcar á los ladrones, siendo una costumbre tan antigua la de robar. (Larra, *Obras*, artículo titulado *Teatros*.)

Á fines del siglo X, reinando Bermudo II, comenzó á prevalecer la monarquía hereditaria sobre la electiva; con *cuyo* cambio, al mismo tiempo que se dió más estabilidad y fijeza á la autoridad real, se debilitó considerablemente el poder de la aristocracia. (Donoso Cortés, *Fruto de la prensa periódica*, tomo III, pág. 174.)

Preguntóme D. Diego si me sentía mal, en *cuyo* caso, etc. (Emilia Pardo Bazán, *Insolación*, pág. 110.)

Vestido viene del latín *vestis*, derivado de *vesta*, diosa del fuego sagrado, del griego *hesta*, *hestia*, que significa hogar, fuego, dios doméstico, de *cuyo* origen nacen nuestras voces *fiesta*, *festividad*, *festín*, etc. (Barcia, *Sinónimos Castellanos*, pág. 452.)

Vesta supone una forma *vestalium*, *vestilum*; no *vestibulum*, cuya *b* anuncia otra raíz, así como su cantidad prosódica, *cuya* circunstancia es decisiva. (Barcia, *Primer Diccionario General Etimológico de la lengua española*, tomo V, pág. 480.)

Lo atan á la cintura de modo que les quede descubierto todo el vientre, á *cuyo* fin le dan cierto corte ó reabajo por delante, para lucir la pretina de las enaguas, cuyas blondas ó vuelos caen un poco sobre el faldellín. (Carvallo Goyeneche, *Descripción histórico-geográfica del reino de Chile*.)

Quién duda que así y no de otra manera se introdujeron en la lengua latina las nuevas palabras, con las cuales comenzaron á pulirla y enriquecerla Catón y Ennio, en *cuyo* buen suceso funda Horacio la libertad que presumía tener de introducir nuevas voces. (Fabié, Prólogo de Garcés, *Fundamento del vigor y elegancia de la lengua castellana*.)

El mismo monarca en una cántiga devota dice:

Tantas son as mercees,
señor, que en ti á.

Cuya perplejidad había ya desaparecido por los años de 1536. (Mora, artículo intitulado *Cuestión sobre el verbo HABER en sentido impersonal*.)

Su nombre (el del *cachanlahuen*) en lengua chilena significa *yerba contra el dolor de costado*, para *cuya* enfer-

medad es utilísima con efecto. (Molina, *Compendio de la historia geográfica, natural y civil del reino de Chile*, libro III.)

Sólo le falta para dar la última pincelada al cuadro el formar una sociedad en su casa, compuesta de los muchos devotos y admiradores que tiene en esta localidad, con *cuyo* medio podrían discutirse algunas cuestiones filológicas. (Sbarbi, *Doña Lucía*, pág. 14.)

Puede, y aun debe usarse este plural, cuando se come-te una elipsis, de modo que el relativo *quienes* vale tanto como *quienes son, eran ó serán los que*, en *cuyos* casos lleva cierta énfasis esta palabra. (Salvá, *Gramática de la lengua castellana*, pág. 126, 9.^a ed.)

Si esta pregunta no llega tan luego como es de desear, paciencia.... esto prueba qué en el niño no hay todavía deseo de aprender, ni gusto para ello, contra *cuyas* barreras no sirven consejos, definiciones, amenazas ni castigos. (Martínez López, *Gramática de la lengua castellana*, pág. 78.)

Ordenó (Guatimozin) que al amanecer se acometiese con todo el resto á los cuarteles enemigos: para *cuyo* efecto juntaron y distribuyeron sus tropas. (Solís, *Conquista de Méjico*, pág. 447.)

Los que deseen adquirir mayores conocimientos en esta parte, pueden consultar los sinónimos de Huerta y Cienfuegos, de *cuyos* autores se han extractado los arriba mencionados. (Avendaño, *Elementos de gramática castellana*, pág. 300, 7.^a ed.)

Nació en España cuando andaban muy encendidas las guerras de César y Pompeyo, en *cuyos* tiempos muchos se fueron de España á Roma. (Guevara, *Marco Aurelio*.)

Vino la carta de Navarra á Corella, y la de Castilla á Alfaro, á *cuya* villa acudió el gobernador Beamonte. (Quintana, *Vida del Príncipe de Viana*.) (1)

(1) He tomado varias de estas citas del notabilísimo filólogo Marcos Fidel Suárez y de Francisco Pimentel. Lo hago constar para que, como dijo el padre Isla, no

Vese, pues, que desde el culto y castizo Jovellanos hasta el disparatador Díaz-Rubio, el error se ha venido repitiendo con pasmosa regularidad.

Baralt, el quisquilloso Baralt, dice en su *Diccionario de Galicismos*: «Lo que sí es francés *puerto*, puesto que comunísimos hoy día, es ver, examinar, contemplar, discutir, etc., *bajo el punto de vista* tal ó cual».

Y el mismo mismísimo autor incurre en el defecto que censura, no sólo en la citada obra (voz *Fondo*), mas también en el discurso de recepción que pronunció ante la Real Academia española!

El popular escritor americano autor de la obra que motiva estas líneas, don Ricardo Palma, dice en su último libro: «Quizá nos ha parecido á los americanos algo *chabacano* el verbo cerrar», etc.

Pues bien: *chabacano* (del latín *capana*) no debe escribirse con *v*, sino con *b*, según que lo evidencian su origen y el ejemp'o siguiente: «En Bogotá, como en todas partes, se necesitan y se escriben libros que, condenando los abusos, vinculen el lenguaje culto entre las clases elevadas y mejoren el *chabacano* de aquellas que, por la atmósfera en que han vivido, no saben otro. (1)

Y, entre paréntesis, véase en el ejemplo transcripción cómo el eminentísimo filólogo colombiano incide en el error de enlazar palabras que lo repugnan, porque si está bien *se necesitan libros que vinculen*, etc., está mal *se escriben libros que vinculen*, etc.

me salgan con que tengo más de Ladrón que de Guevara, ó desempeño mejor el papel de Hurtado que el de Mendoza.

(1) Cuervo, *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*, pág. X.

Es el defecto que Clemencín censura á Cervantes en varios pasos del Ingenioso Hidalgo, como en el capítulo XVI de la primera parte, en aquella saladísima escena de la venta, en que Mari-tornes, á obscuras en busca de su querido, topa con los brazos abiertos de Don Quijote, de los cuales—una vez advertida de su engaño — «sin entender ni estar atenta á las razones que le decía, procuraba sin hablar palabra desasirse.» Es asimismo el en que á su vez incide Clemencín, cuando en una nota puesta al capítulo XXXII de la segunda parte, exclama: «Ahora decimos con la misma significación (de toallas alemanas) alemanicas, adjetivo que se aplica exclusivamente á cierta clase ó labor de mante-lería, ó porque venía ó porque fué inventada *en Alemania*.»

Pero Palma, en el caso mencionado, anda en buena compañía y puede escudarse con autores españoles de indiscutible valor. Copio de mis apuntes: He leído *chavacano*, en lugar de *chaba-can*, en José Joaquín de Mora (*Poesías*, pág. 201), Coll y Vehí (*Diálogos literarios*, pág. 51, 2.^a ed.), Manuel Cañete (Carta á *El Diario de la Marina*, de la Habana), Bretón (*Obras*, tomo I, pág. 179, y tomo V, pág. 105), Bello (*Obras complejas*, tomo III, pág. 554), Clemencín (*Comentarios al Quijote*, tomo V, pág. 281), Valera (*Discurso sobre la ciencia del lenguaje*).

El uso actual se inclina á decir *cóndor*, como quieren la Academia y el erudito Miguel Luis Amunátegui, y según puedo aconsejarlo apoyán-dome en su origen y en ejemplos tomados de muchos autores, diga lo que quiera el critica-tro Valbuena.

El sabio Bello, en su composición intitulada *El cóndor y el poeta*, dice:

Escucha, amigo *Cóndor*, mi exorcismo.

La composición de Mitre á la que contestaba Bello, comenzaba:

Tú que en las nubes tienes aéreo nido,
Tiende tu vuelo, *Cóndor* atrevido,
Que sustentas de Chile el paladión.

El distinguido poeta peruano don Carlos Augusto Salaverry empieza así su composición *La locomotora*:

Ni el *cóndor* de los Andes, que alza el vuelo
Desde su nido hasta la azul región,
Y rasgando la túnica del cielo,
Tiende las nubes que ilumina el sol, etc.

El hablista don Rafael María Baralt, en su canto á *Cristóbal Colón*, se expresa de este modo:

De la altiva palmera
En la gallarda copa dulce espira
Perenne primavera;
Y el *cóndor* gigantesco fijo mira
Al almo sol, y entre sus fuegos gira.

El reputado escritor colombiano don José Eusebio Caro, en su bella composición *En boca del último Inca*, exclama:

Mañana solo, cuando ya de nuevo
Por el oriente tu corona brille,
Tu primer rayo dorará mi tumba,
Mi tumba libre.

Sobre ella el *cóndor* bajará del cielo;
Sobre ella el *cóndor* que en las cumbres vive,
Pondrá sus huevos y armará su nido
Ignoto y libre.

En su composición *Un recuerdo á la patria*, el conocido poeta colombiano don José María Samper dice:

Amo su *cóndor* soberbio
 Y sus roncos huracanes,
 Sus escarpados volcanes,
 Cuyo aliento hace temblar.

El malogrado Manuel Acuña, en sus versos
 á *Ocampo* exclama:

Fué el *cóndor* que se lanza de las nubes
 Sobre el tigre feroz que le arrebata
 Los polluelos hermosos de su cría,
 Y que baja, se mece,
 Lucha, se aparta, vuelve, le provoca,
 Y en el punto de herirle se estremece
 Cayendo á agonizar sobre una roca.

Dice Ricardo Gutiérrez, el delicado poeta ar-
 gentino, en *La fibra salvaje*:

Y como el joven *cóndor* que aprisionan,
 Arrancado á su nido de montañas,
 Con salvaje y magnifica tristeza
 Miró á los cielos y abatió las alas.

El joven y erudito autor chileno don Miguel
 Luis Amunátegui Reyes, en su obra *Al través
 del Diccionario y la Gramática*, se expresa así:

Dejemos el campo, la ciudad, la jaula.
 Trepemos á las cumbres de nuestros montes.
 Subamos más alto todavía.
 Sobre las nieves eternas, entre las nubes, descubrimos
 el *cóndor*, el ave heráldica de Chile.

Palma, en su tradición *El Cristo de la agonía*,
 trae este ejemplo:

El Pichincha descubre á las investigadoras miradas
 del vinjero dos grandes cráteres, que sin duda son re-
 sultado de sus varias erupciones. Presenta tres pica-
 chos ó respiraderos notables, conocidos con los nom-
 bres del *Rucu-Pichincha* ó Pichincha Viejo, el *Guagua
 Pichincha* ó Pichincha Niño, y el *Cúndor Guachana* ó Ni-
 do de Cóndores.

El Hugo americano, Olegario V. Andrade,

en su inspirado canto *El nido de cóndores*, se expresa de este modo:

Es un nido de *cóndores*, colgado
De su cuello gigante,
Que el viento de las cumbres balancea
Como un pendón flotante.
Es un nido de *cóndores* andinos,
En cuyo negro seno
Parece que fermentan las borrascas
Y que dormita el trueno.

El poeta mejicano don Manuel M. Flores, en su *Oda á la patria*, dice:

Alcemos nuestro lábaro en la cumbre
Esplendorosa de granito y nieve
Del excelsa volcán, adonde raudo,
Entre el fulgor de la celeste lumbre,
Tan sólo el *cóndor* á llegar se atreve.

No obstante, han empleado *condor* buenos escritores de Europa y América.

Copiaré algunos ejemplos.

Así el conocido poeta mejicano don Juan de Dios Peza:

Vive el *condor* que en atrevido vuelo
Salva bismos tan hondos como grandes,
Bajo la augusta bóveda del cielo
En la elevada cima de los Andes.

Don José Zorrilla, cuando su coronación en Granada, aludiendo al comienzo de su vida literaria ante la tumba del malogrado Larra, dijo:

Broté en un cementerio, cual flor de jaramago,
Parásito en sus tapias y de sus tumbas flor.
Cogíome un torbellino, me echó en el viento vago,
Me transformó en alondra.... y yo aspiré á *condor*.

Don José Fernández Madrid (*Á la restauración de la Constitución española en 1820*) trae los siguientes versos:

No huya pues el hermano del hermano;
Leal amigo del león hispano
Bata las alas, y con raudo vuelo
Elévese el *condor* americano.

En la fábula *El presente de las hadas*, traducida de Lessing, don Ángel Lasso de la Vega se expresa así:

Tenga este augusto, feliz infante,
dijo la una de las dos hadas,
aquella vista con que penetra
todo en el éter la imperial águila,
que de los vastos dominios suyos
á un mismo tiempo percibe clara
de los *condores* á los insectos,
de inmenso pueblo turbas aladas.

En su himno *Á la patria* dice el insigne Gaspar Núñez de Arce:

Ascienda en raudo vuelo
la voz de la alabanza
como *condor* que al cielo
intrépido se lanza.

Mercedes Álvarez de Flórez, la Victoria Colonna americana, como la llama don Juan Valera, exclama:

Ama á la gloria, pues. Ve hasta la altura;
Sube como el *condor* hasta los cielos,
En tanto que yo ahogo mi amargura
Amándote y muriéndome de celos.

Don José de Arquellada y Mendoza, en una traducción de un compendio de historia natural de Chile, se expresa de este modo:

La palabra *condor*, con que se denomina universalmente un buitre tan desproporcionado y enorme, se deriva de la lengua perulera, porque los chilenos llaman *manque* á este pájaro, que es sin contradicción el mayor que sostienen los aires.

Don R. R. Castell, en su *Historia Natural*, dice:

Si la facultad de volar es un atributo esencial del ave, el *condor* debe ser tenido por la más grande de todas.

El general Torrijos, en sus *Memorias de Miller*, trae este ejemplo:

Consuela ver remontarse al *condor*, que parece inmóvil y fijo en la bóveda celeste.

Don Gabriel Alejandro Real de Azúa ha dicho lo que sigue:

La lechuza se jactaba
Á presencia del *condor*
De haber trepado valiente
Á una inmensa elevación.

Don José Echegaray se expresa así:

En las fieras el amor
Nunca llega á lo monstruoso,
Ni empuja á la loba el oso,
Ni á la tigra va el *condor*.

El popular poeta nacional don Alejandro Magariños Cervantes, en la poesía *La urna de Rivadavia*, dice:

En la estación florida, cuando la aurora en calma
De aromas llena el suelo y el aire de esplendor,
Gigante de los bosques vi alzarse erguida palma,
Como en la cumbre andina flamígero *condor*.

Don Quintiliano Sánchez, en su *Oda al Chimborazo*, trae este ejemplo:

Hermoso, rutilante,
Te admiraré otra vez: ante el divino
Autor de tu grandeza
Inclinaré sumiso mi cabeza,
Y entre tus rocas el *condor* andino,
Al rebramar de fieros aquilones,
De libertad oirá blandas canciones.

Y para que nada falte, hay quien ha empleado *condoro*:

Los condoros hacen sus nidos en las faldas más altas de los montes. (José de Arquellada y Mendoza.)

Y quien, por licencia poética, dice cóndoro:

Hermana juventud, ¡álzate grande!
¡Alcanza las conquistas del talento,
Y vuela á la verdad tu pensamiento.
Como el soberbio cóndoro del Ande
Al espléndido sol del firmamento!

(Manuel M. Flores, composición intitulada *Á los alumnos del Colegio del Estado*.)

He citado á la ventura ejemplos, á los que llamo la atención, para demostrar la verdad inconcusa que sustento. ¿Cómo, pues, vamos á aceptar palabras porque uno, dos ó tres autores españoles las hayan usado?

Yo no diré que el autor de *Tradiciones* no tenga razón cuando exclama en el prólogo de su libro: «El espíritu, el alma de los idiomas, está en su sintaxis más que en su vocabulario.» Pero sostengo que, aun así y todo, es necesario andar con tiento en materia de admisión de neologismos, si no queremos perder, españoles y americanos, las ventajas, las enormes ventajas de un idioma común. Ni vale alegar que «la generación que nos reemplazará se cuida poco ó nada de hojear el Diccionario.» Si así sucede, por desgracia, tendremos que convencerla de que la ignorancia de los términos de un idioma es una de las causas que influyen más poderosamente en su corrupción y ruina. Participo de la opinión del distinguido gramático chileno don Sandalio Letelier, quien en carta dirigida á su colega don Fidelis P. del Solar, inserta en los *Anales de la Universidad de Chile*, dice á este propósito: «En materia de lenguajes soy eminentemente (1) conservador:

(1) Yo quitaría el *eminentemente*.

creo que la estabilidad es para la lengua una condición que nunca será suficientemente apreciada; puesto que si ella existiera, siempre nos tendría en comunicación fácil con todos los países que hablan un mismo idioma. Reconozco que el cambio es un hecho, y que el progreso de las sociedades impulsa al lenguaje de la misma manera que á todos los demás elementos de la civilización. Pero, en el lenguaje, ese cambio debería ser únicamente para la satisfacción de las necesidades de una sociedad nueva, que necesita nuevas expresiones para las ideas nuevas que concibe y á cuyo conocimiento llega por el trabajo y la laboriosidad: la renovación de palabras y giros, sin aumento de nociones intelectuales, es para mí un peligro constante, que puede llevarnos á la renovación de una lengua sin ninguna ventaja para nuestro progreso intelectual.»

He notado que Palma no clasifica las palabras cuya admisión propone, como partes de la oración, ni parece dar gran valor á la exactitud de las definiciones. Lo primero constituye en este libro, en que casi no se ven ejemplos que comprueben el uso, una omisión grave, mayormente para los que, como los europeos, ignoran de todo en todo el significado de la casi totalidad de esas voces, y tratándose, por otra parte, de que sean por ellos tomadas en cuenta. Lo segundo no es de menor importancia. Es lastimoso, en verdad, que en Europa incurran en errores sobre nuestras palabras, por inexactitud ó deficiencia de los datos suministrados, ó por carencia absoluta de esos mismos datos.

Entre las voces evidentemente mal definidas, me limitaré á citar *costeo* (burlarse de una per-

sona), *criollismo* (disposición para acriollarse), *retobo* (la acción de *retobar*), *secretearse* (el secreto mutuo), *churrasquiar* (convidar á comer *churrasco*) é *invernar* (enviar el ganado al invernadero.) Hay otras que carecen de definición, lo que á veces origina serias dificultades.

No soy de los que dan fundamental importancia á las definiciones, ni se crea por lo manifestado que son muchas las palabras con significación errónea; pero opino que en un libro sobre lenguaje, y sobre todo de lenguaje americano, la necesidad de expresarse exacta y correctamente llega á su colmo, como quiera que de ello depende la suerte de los vocablos por cuya inclusión en los diccionarios se brega. No basta advertir á mi juicio: si hay palabras mal definidas, que se encargue de corregirlas el lector.

Opino también con Clemencín que se ha exagerado el peligro de la intromisión de palabras de otros idiomas en el castellano, y que el hecho de que otra lengua afine las emplee no implica en manera alguna que debemos rechazarlas sin examen. Pero, ¿patrocinaremos, por ello, cualquier galicismo que tenga en su apoyo solamente el uso moderno de algunos? ¿Debemos pugnar por la inclusión, en el Diccionario de la lengua, de voces como *revancha*, *accidentado* (por *quebrado*, aplicado á terreno), *comuna* (por *municipio*), *desapercibido* (por *inadvertido*), *irrigar*, *irrigación*, *dimisionario* y algunas otras prohijadas por Palma? Yo creo que no.

Y cuenta que el distinguido y popular escritor peruano ha pecado de corto. Sólo incluye en su opúsculo una mínima parte de lo que se recomienda diariamente por autores de todas

layas, que confunden la riqueza de la lengua, que la avalora, con la superfluidad, que la daña y empece.

En este sentido, Rivodó, autor por otra parte benemérito, ha llevado las cosas á un extremo deplorable. Quiere que casi todo lo usado se adopte, olvidando lo dañosas que son para las lenguas, como para los hombres, las indigestiones.

Es que no se piensa en el inminente peligro que acarrearía la formación de este idioma de contrabando para las múltiples relaciones de la vida; es que ello no se medita con la calma que requiere la importancia del asunto, que interesa á un mismo tiempo á la ciencia, al arte, al comercio, á la civilización entera. Cuando veo tanta decidida admiración por lo extranjero, tal empeño en connaturalizarlo, tanto desdén por lo propio y legítimo, acude á mi memoria el ejemplo de aquel mastín de que nos habla Juan Owen, que acariciaba al adúltero y ladraba al amo de la casa.

Seamos celosos guardianes del idioma que nos ha tocado en suerte en el reparto del destino, en la seguridad de que él es digno de sacrificio tamaño. La lengua castellana es demasiado harmoniosa, demasiado elocuente, demasiado grande para que, inconstantes, la sacrificuemos en las aras de una moda pueril.

En la lengua castellana viven y vivirán eternamente la rotundidad y armonía de la frase inimitable del autor del Quijote, la casticidad de Moratín, el chiste de Bretón y de Larra, la elocuencia de Donoso Cortés y la corrección y exquisito gusto de Jovellanos y Bello. Ella alen-

tó los más esforzados paladines del pensamiento; hablando en ella se sintieron grandes; por ella, en fin, cultivándola y cuidándola con religioso respeto, elevaron sus nombres venerandos á las cumbres excelsas de la inmortalidad.

II

ACAPARAR—Al pugnar por la admisión de esta palabra, Palma está de acuerdo con Bello, quien en unos apuntes sobre el *Diccionario de Galicismos*, se expresa así:

«Acaparar, acaparador y acaparamiento no son galicismos superfluos, como dice el señor Baralt, sino convenientes y aun necesarios. Comprar para hacer monopolio es una perifrasis.»

Falta, como se ve, en el opúsculo de Palma *acaparamiento*, que también olvida Rivodó en el *Diccionario consultor* y en *Voces nuevas en la lengua castellana*.

El *acaparamiento* es una especie de monopolio sin duda, pero de una especie que se puede llamar singular, porque engaña sin prohibición de la autoridad, como el *estanco*, y sin contrato previo con otro proveedor que vende ciertos artículos á un precio fijo, como el *asiento*. (Andrés Bello, *Obras completas*, tomo VIII, pág. C.)

ACCIDENTADO—Continúan en todo su vigor las valederas razones alegadas por Baralt contra la acepción que Palma y Solar quieren se dé á esta voz.

Decir *accidentes del terreno, terreno, país accidentado*, era cometer, en tiempos de Baralt, galicismo intolerable. Hoy, á pesar de los autores que lo defienden y recomiendan (perdónenme Ri-

vodó, Palma y Solar), ha dejado de ser galicismo para ser un disparate.

D. Zorobabel Rodríguez, correcto escritor y distinguidísimo literato chileno, censura con razón, pues, á los que así estropean la lengua.

ACEITILLO—En América, dice Palma, dejamos el aceite para la cocina.

Debo notar á este propósito que el autor de *Neologismos y americanismos* nos atribuye á los americanos, á poco que nos descuidemos, palabras y acepciones que no hemos empleado en la vida.

En el Plata, á lo menos, aunque usamos muchas cosas que no están en el mapa, no decimos *aceitillo* por aceite perfumado, ni *barchillón* por enfermero de hospital, ni *disparatero* por disparatador, ni *emplumarse* por evadirse, ni *jebe* por goma elástica, ni la *Ñata* por la *Muerte*, ni *orfeleinato* por asilo de huérfanos, ni *pantorrilludo* por presumido, ni *tembladera* por tremedal (que llamamos *tembladeral*), ni es la única acepción de *yeguarizo* poseedor de muchas yeguas. Argentinos y uruguayos ignoramos muchas de esas cosas, y llamamos *emplumar* á poner plumas, *ñato*, corruptamente, al chato, y *pantorrilludo* al que tiene muy gordas las pantorillas.

ADEFESIERO—En vez de persona que hace ó dice disparates y tonterías, no veo que presenten ventajas *adefesiero* y *candelejón* sobre *disparatador* y *tonto*. Aplicada la palabra á la persona ridícula ó extravagantemente vestida, no es sino corrupción de *adefesio*, y prefiero esta última, que tiene en su abono un uso tan general como respetable y que no es malsonante ni chapucera.

Como decía Molière *qu' il y a fagots et fagots*, hay palabras y palabras; y *adefesiero*, en la acepción que se le asigna, es de pésimo efecto. Ape-
lo al testimonio de las personas de buen gusto.

Palma no debía olvidar que aquéllas voces se generalizan y aceptan que cuentan á su de-
voción el parecer de la gente educada, ó que se recomiendan por su linaje y catadura.

ADULÓN—Enteramente de acuerdo con el au-
tor de *Neologismos* relativamente á lo que dice
sobre esta voz, copio de mis apuntaciones:

Adulón, *adulonería*, por adulador, adulación—
Aunque el significado de estas palabras es seme-
jante, existen, sin embargo, diferencias entre
ellas. El *adulador* puede ser movido en sus accio-
nes por sentimientos nobles y elevados; el *adulón* sigue siempre los impulsos que á su natura-
lezza imprime un interés egoísta, con frecuencia
pérvido, ruin y bajo. El *adulador* puede ser un
hombre honrado; el *adulón* es siempre desprecia-
ble, porque para adular se arrastra. La *adulación*,
es á las veces debilidad, flaqueza, tal vez bondad,
tal vez necesidad; la *adulonería* es siempre una
bajeza. Rivodó propone la admisión de *adulante*,
adulantón y *adulón*; pero fuera de que esta últi-
ma expresa todo lo que expresan las dos prime-
ras, se las aventaja mucho en cuanto á valor
eufónico. Á mayor abundamiento, aquéllas, á lo
que creemos, son completamente desconocidas
en gran parte de América, mientras que ésta es
corriente en el Plata, Venezuela (Rivodó). Chile
(Rodríguez), Perú (Paz-Soldán) y seguramente
en toda la América de habla española.

Con pública aclamación
Crónwell en Londres entraba,

Y ese acto le ponderaba
Un adulátere adulón.

Francisco Acuña de Figueira.

Á todos los que piden y triunfan, mi desprecio;
Á todos los que luchan y se alzan, mi ovación;
Que el hombre que se impone, de la bajeza al precio,
Si sirve, es un lacayo; si manda, un adulón.

Daniel Martínez Vigil.

Palma trae además *adulete*. Admitirlo sería quizás aumentar demasiado la familia ya larga de los aduladores.

ALBAZO—Es sinónomo de *alborada* en la acepción de acción de guerra que se ejecuta al amanecer, pero no en las demás. Así la Academia, Salvá, Barcia, Serrano y el *Novísimo Diccionario*, descompuesto por una sociedad de literatos, como lo dice Cuervo picarescamente.

ALTERNABILIDAD—Decir *alternabilidad* por *alternación* y *alternativa* será muy nuevo, muy gracioso y muy elegante, pero no me lo parece, aunque ello lo recomiendan Palma en su opúsculo y Rivodó en su *Diccionario consultor*.

AMANSADOR—Es palabra castellana, pero á mi juicio no existe razón alguna para que ella, de significación genérica, se sustituya á *domador* y *picador*, voces con las cuales se ha denotado siempre lo que se pretende expresar con aquélla.

Amansador es un adjetivo que se aplica al que amansa ó á lo que amansa; *domador* es quien doma animales; *picador*, quien tiene el oficio de domar y adiestrar caballos. Ahora bien, ¿quién no advierte diferencias entre ellas? ¿quién no ve que sería grande error el confundirlas, y empobrecer la lengua el equipararlas?

Dón Zorobabel Rodríguez afirma que *amansador* es el que doma potros, y don Fidelis P. del Solar, que es el que amansa, sin distinción.

AMORDAZAR—Estando anticuado este verbo con las significaciones de *morder* y *maldecir*, soy de sentir que podría adoptarse con la que á *enmordazar* (poner mordaza) le asigna el Diccionario de la Academia, el cual verbo nunca se usa en América.

Amordazar no es desconocido tampoco en Europa. El distinguidísimo crítico cubano don Emilio Bobadilla dice en *Solfeo*, pág. 74:

Eso de querer *amordazar* por medios *subterráneos* al escritor honrado y leal que dice lo que piensa á su modo, no lo tengo por plausible, ni con cien leguas.

APLOMO—Á pesar de la condenación de Barralt que pesa sobre esta voz, es ya imposible desterrar del uso la significación de *serenidad, sangre fría*, que comúnmente se le asigna.

Comprobémoslo:

Doy fe y certifico que el dichoso capitán está ya achicharrado en el infierno, declaraba, con el estupendo *aplomo* de la gente de su oficio, un escribano de la Real Audiencia, sorbiendo entre palabra y palabra *sendas narigadas del cucarachero*. (Palma, *Tradiciones Peruanas*, tomo I, pág. 56.)

Y no vamos ya á rebuscar pasajes recónditos en crónicas antiguas, sino á pesar con calma y *aplomo*, en la región serena de la más sana crítica, los datos apreciables que nos ofrece. (José Gutiérrez de la Vega, *Libro de la Montería*, tomo I, pág. LVIII.)

Lo traen Salvá, Domínguez, Barcia, Serrano y el *Norísimo Diccionario*.

ARENILLERO—*Arenílero*, lo que llaman en Es-

pañía *salbadera*, no *salvadera* como escriben Palma y Solar, es voz innecesaria á mi juicio. Aquel autor comete la injusticia de no incluir muchísimas otras que reconocen causa semejante y que pueden defenderse con iguales razones que ella.

BACHICHA—*Gringo*, entre nosotros, no es el inglés, sino el italiano con preferencia, y, en general, el extranjero, que es lo que sostiene Salvá en su *Diccionario*. *Gabacho*, no *gavacho* como escribe el autor del opúsculo que me ocupa, no es americanismo ni mucho menos. Lo usó Moratín en su conocidísima décima que comienza:

Admiróse un portugués;
don Benito Pérez Galdós, en *Napoleón en Chamarín* (*Episodios Nacionales*, tomo III, pág. 49), dice:

Y para que el reverendo Salmón no se enfade, le daremos el *Napoleón rabiando, casi-comedia, el Bonaparte sin máscara y la Descomunal batalla de los invencibles GABACHOS contra los ratones del Retiro*,

Y según el Diccionario de la Academia, *la camisa de algodón* al decir de Palma, se denomina así también á las personas.

Gringos es término despectativo que se aplica á los extranjeros en general. (Poucel, *Les Otages de Durazno*.)

Mantegazza, el célebre Mantegazza, no un *bachicha* cualquiera llamado así. (Lucio V. Mansilla, *Entre-Nos*.)

Tenía hecha la intención
De ir á la fonda de un *gringo*.

Estanislao del Campo.

Á mi ver es evidente que cuando el conocido poeta argentino usó *gringo*, no quiso decir inglés.

BOLETO—No usaron esta voz los escritores del buen tiempo, ni la estilan los buenos autores

de hoy. La cedulilla que se da para entrar sin embarazo en alguna parte es *boleta*, no *boleto*.

Sin embargo, se emplea en gran parte de América, si no en toda ella, y esto basta para que Palma la recomiende.

Yo estoy por la forma antigua, pues no veo razón alguna para que le cambiemos el *sexo*.

En una obra nacional bien escrita he leído:

El último postulante se separaba del grupo para ir a firmar el *boleto* de compra.

Y el Código Rural de la República, en su artículo 39, dice:

El herrero que sin *boleto* de la policía se permita construir marcas, etc.

Pero el buen uso siempre ha dicho *boleta*, *boletín*:

Allí notó Tomás la autoridad de los comisarios, la incomodidad de algunos capitanes, la solicitud de los apóstoles, la industria y cuenta de los pagadores, las quejas de los pueblos, el rescatar de las *boletas*, etc. (Cervantes, *Novela del licenciado Vidriera*.)

Tomás. ¿Es aquí, aunque usted perdone, donde se venden los *boletines* de la diligencia? (Bretón, *El hombre gorro*, acto único, escena VI.)

En cuanto a los derivados *boletería* y *boletero*, creo que no hay razón para proscribirlos.

Son palabras que prestan muy buenos servicios y que son necesarias, pues no existen otras que las sustituyan.

Con frecuencia se valen los españoles de circunloquios para denotar la idea que ellas expresan.

Así a veces llaman *despacho de billetes* a la *boletería*, y otras, *puesto de los cobradores*, como en este ejemplo:

¿Y dónde se vende (la pieza)?

Se vende en los puestos del *Diario*, en la librería de

Pérez, en la de Izquierdo, en la de Gil, en la de Zurita, y en el puesto de los cobradores á la entrada del coliseo. (Moratin, *La comedia nueva*, acto I, esc. 3.º)

BRIN—«Tela gruesa y fuerte que, entre otros usos, se emplea para pantalones de marineros y soldados.»

Así define Palma esta voz, y yerra á mi juicio.

Brin, dice el *Diccionario Encyclopédico Hispano-American*o, del bajo bretón *brien*, brizna, hilacha de vegetales, es tela de cáñamo ligera y flexible, propia para embarcaciones menores. *Dril*, según el mismo *Diccionario*, del inglés *drill*, es cierta tela de hilo.

¿Puede haber alguna conveniencia en equiparar ambas palabras, que significan cosas tan diferentes?

Palma cree que sí; yo opino que no.

No ignoro que esa confusión se hace con frecuencia en América, y podría citar ejemplos en comprobación de este aserto; pero *brin* es cierta tela de cáñamo; *dril*, una tela de hilo.

¿A qué, pues, confundirlas?

¿Qué utilidad podría surgir de unificar sus significados?

Para mí no sabe Pompeyo Gener lo que se pesca cuando habla de enriquecimientos del idioma con nuevas significaciones de las palabras. La mayor calamidad que puede pesar sobre una lengua es precisamente este tumultuario amontonamiento de acepciones dadas á sus voces. El distinguido autor de *Borrones gramaticales* dice á este propósito: «Si inventar un vocablo innecesario es una falta, debe reputarse como pecado mucho mayor el atribuir inútilmente una doble acepción á una voz de uso corriente.» Y el sabio

Bello, en el prólogo de su *Gramática de la lengua castellana*, se expresa así: «Hay otro vicio peor (que el neologismo): es el prestar acepciones nuevas á las palabras y frases conocidas, multiplicando las anfibologías de que por la variedad de significados de cada palabra adolecen más ó menos las lenguas todas, y acaso en mayor proporción las que más se cultivan, por el casi infinito número de ideas á que es preciso acomodar un número necesariamente limitado de signos.»

Yo sintetizaría mi opinión en dos palabras: multiplicar las acepciones es contribuir al empobrecimiento del idioma.

CARACHA—Trae el Diccionario de la Academia, con la significación de enfermedad semejante á la sarna ó roña, esta voz, que Palma incluye en su libro.

Hace lo propio este autor con *chaquira, fachenda, fachendoso, hostigar, piscolabis, politiquear, rabudo*, que, en mi sentir, son castellanas con la significación que les da.

CARÁTULA—Dice el eminente Cuervo tratando de esta voz: «Más agudeza que tontería arguye el llamar *carátula* á la *portada, frontis ó frontispicio* de los libros: carátula es lo mismo que careta ó mascarilla, y ¿en cuántos libros no es la portada una máscara con que se engaña al público prometiéndole cosas que jamás se cumplen en el cuerpo de la obra? En todo el mundo es moda hoy día enmascarar con hinchados títulos, libracos por que no se pueden dar dos higas.» Á pesar de esta opinión, cree

Palma debe admitirse; pero convengamos en que el buen uso no viene en su apoyo.

He aquí ejemplos:

Desde muchacho fui aficionado á la *carátula* (no alude seguramente á portada de libro.)

Cervantes.

Tampoco se refiere á una portada Lope, cuando en su *paso ó farsa intitulado Carátula* habla de que el criado Alameda se había encontrado una *carátula*, y su amo Salcedo le hizo creer, como á simple, que era la cara del santero de la ermita de San Antón, á quien días antes habían desollado el rostro y asesinado unos ladrones.

Habla de una carantamaula evidentemente. De no ser así, ¿cómo encontrarla semejante á la cara del santero?

Este emblema se ha tomado del libro de *Job*, y lo usó en las *portadas* de sus obras el impresor Juan de la Cuesta. (Clemencín, *Comentarios al Quijote*, tomo VI, pág. 367.)

Las observaciones del señor Clemencín principian desde la *portada* de la obra que comenta. (Hartzenbusch, *Observaciones sobre un comentario del Quijote*.)

¡CARAY! —Tiene razón el autor de *Neologismos y americanismos* cuando, repitiendo la afirmación de don Zorobabel Rodríguez, habla de lo generalizado del uso de esta interjección, que se empleará siempre en América, aun cuando se la ponga en el índice del expurgatorio.

Don Juan Manuel se dijo: ¡Caray! (Lucio V. Mansilla, *Entre-Nos.*)

¡Qué caray! no hay nada como las muchachas de mi tierra. (J. Isaacs, *Maria.*)

Pero su uso no es exclusivamente americano. El catedrático de *Gramática castellana* de nues-

tra Universidad, señor Laso, me afirma que se emplea también en España, lo mismo que *¡caral!* *¡caracho!* y otras semejantes.

En cuanto á su etimología, podría decir lo que á otro propósito Campoamor en una de sus doloras:

No es menester saber para esto, arguyo,
Ni el griego ni el latin.

CAUDILLAJE—«Cuando los caudillos organizan un sistema, como sucedió en la Argentina durante la tiranía de Rozas, entonces está en su apogeo el *caudillaje* ó gobierno de tiranuelos.»

Esto dice Palma, y tiene razón.

Caudillaje es una palabra necesaria en el léxico, y no existe sencillamente porque no han tenido los españoles necesidad de ella.

«Pero, ¿es ó no el pueblo el que se defiende de Urquiza, el que se bate con el *caudillaje*? (Juan Carlos Gómez.)

La historia de la Revolución ha obtenido un importante ensanche con motivo del artículo que escribimos sobre el general Güemes, indicando ligeramente sus servicios para que en adelante, en los que se escribieran sobre nuestra historia, no se dijera que Güemes debía su celebridad al *caudillaje*. (Dalmacio Vélez Sarsfield, *Apéndice de los Estudios Históricos sobre la Revolución Argentina*.)

El *caudillaje*, tal como lo entendemos generalmente, es hijo legítimo de la barbarie. [Francisco A. Berra, *Bosquejo histórico de la República Oriental del Uruguay*.]

Multiplicó las escuelas como único medio para crear y mantener esa fuerza moral capaz de combatir el atraso y la ignorancia, y concluir con los últimos restos del *caudillaje* que cimentaba su poder en las masas bárbaras e inconscientes de la sociedad. [José S. Decoud.]

¿El *caudillaje*?

Para afirmar semejante cosa sería menester que renunciásemos á todos los progresos que han hecho en el Río de la Plata la filosofía política y la filosofía histórica, restableciendo aquel menguado y funestísimo criterio en cuya virtud los unitarios de 1823 creían anondar para siempre al *caudillaje* con el bárbaro fusilamiento de Dorrego. [Carlos María Ramírez, *Artigas*.]

Es gráfico el ejemp'o que sigue:

El *caudillaje* no fué nunca otra cosa que un cautiverio de voluntades por la coerción decisiva de la audacia, de la intrepidez y del éxito, en la soledad de los campos, en medio de las tinieblas de la ignorancia y del error, lejos de la influencia eficaz de las autoridades, allí donde la libertad indómita tenía por vehículo al potro, por refugio el seno de los bosques y por tipo genérico al primitivo gaúcho de la leyenda heroica. (Eduardo Acevedo Díaz, *Ismael*.)

COMUNA— El sabio catedrático de Derecho Administrativo de nuestra Universidad, Dr. D. Carlos María de Pena, dice en sus apuntes: «*Comuna* y *municipio* no están aún bien definidos, ni en la nomenclatura de que se sirven los publicistas, ni en la organización administrativa de las naciones, y la semejanza de funciones y de régimen entre una y otro es evidente.»

Pero antes de arribar á esta conclusión, establece con razón que podría llegarse hasta cuatro grados y decir que hay Estado nacional, provincial, comunal y municipal, cada uno de los cuales es más extenso que el que le sigue.

Aun cuando la graduación indicada no la ofrece completa ninguna nación en la organización de su vida interna, es indiscutible que la voz *comuna* es más comprensiva que la voz *municipio*.

Debe, pues, admitirse, pero no como equivalente de ésta.

COTÍN—Por *cotí* ó *cutí*, es voz esta que se usa en el Perú (Palma), en Costa-Rica (Gagini y Brenes), en el Plata, en el Paraguay, y probablemente en toda Hispano-América.

Pero ¿debe incluirse en el léxico?

Palma está por la afirmativa; Rivodó por la negativa. Ambos tendrán sus razones.

El hecho es que *cotín*, aunque no figura en los diccionarios, es vocablo que se ha usado ha mucho en España.

Se me acuerda haberlo visto en una obra titulada *Reglamento y aranceles reales para el comercio libre de España á Indias*, fechada en Madrid, 1778, y es probable que pertenezca al número de las palabras que se conservan en América como vivo recuerdo de la lengua de los españoles del tiempo de la conquista.

.....
Y que *traiba* unos cañones
Con más rayas que un *cotín*.

(J. Hernández, *Martin Fierro*.)

Podría, pues, recomendarse; pero existe un inconveniente: *cotín* es el golpe que el jugador que resta, da á la pelota, al volverla de revés alto al que saca.

CHAMELICOS—*Zarandajas*, dicen los diccionarios, es voz que sirve para designar las cosas menudas y dependientes de otras, ó que las acompañan como menos principales; y hay además *bagatelas*, *minucias*, *chilindrinas*, *trebejos*, *bártulos*, *baratijas*, *trastos* y un montón más para expresar ideas semejantes, según el caso.

Palma parece olvidarse de ello cuando nos habla en su libro de *chamelicos*, *puchuelas* y *ma-*

ritatas, palabras que no dudo sepan á los peruanos á gloria eterna, pero que á nosotros nos suenan á... *eso: á maritatas, puchuelas y chamelicos.*

Sosteniendo una doctrina análoga, el reputado filólogo venezolano Rivodó se expresa así: «Á nuestro parecer en castellano podemos decir indistintamente *boulevard, bulevard* ó *bulevar*, y en el plural *boulevares* ó *bulevares*. También los derivados *bulevardero, bulevardiense* ó *bulevarense* y *bulevardina*»

Aquí viene como de perlas un cuento que he leído en alguna parte y que entresaco de mis apuntes:

En cierta ocasión se llegó una mujer á la tienda de un zapatero, preguntándole: Diga usted, maestro, si sabrá usted si vive, por casualidad, aquí cerca un tal don Zacarías Costas y Costos, por mal nombre, que es *porcuraor*. Conque ¿que es *porcuraor*? dijo el *artesano*, antiguamente, y *artista*, hoy, recalando la palabrinilla, y acompañando su exclamación de una estupenda carcajada. ¿Se ríe usted? replicó amoscada la buena de la mujer; pues mire, *tío lesna*, lo sé *icir* de tres maneras: *porcuraor, precuraor* y *percuraor*.

CHARAMUSCA—Nuestra voz *charamusca* es más apropiada que la castiza *chamarasca*, observa Palma, porque encarna algo de *chamuscar*, quemar ligeramente, tostar.

Este modo de argumentar me parece enteramente nuevo. Tanto valdría opinar que Cristo debió ser llamado *Crusto*, porque murió *cru-cificado*.

Es incierto, por otra parte, lo que afirma Pal-

ma, de que ni cultos ni incultos llamamos, en América, *chamarasca*, como el léxico previene, á las virutas, briznas ó ramas secas, sino *charamusca*, á la manera gallega.

Yo no citaré ejemplos, porque ello me parece excusado.

Pero no está de más notar que el mismo autor que esto afirma usa la citada voz en una colección de monóstrofes publicada en *La Revista Literaria* de Buenos Aires.

El distinguido filólogo costarricense don Carlos Gagini dice en su *Diccionario*, que *charramasca*, como se dice en su país, se formó tal vez del gallego *charamusca*.

Al tratar de este vocablo, como de *jalar*, el autor de *Tradiciones* confunde *porque*, conjunción causal que equivale á *por causa* ó *razón de que*, con *por que*, conjunción final que equivale á *por e* *cual, la cual, etc., ó por el que*, y también á *para que*.

CHARQUE—No es carne seca, sin sal, como dice don Daniel Granada, sino con ella. El muy distinguido autor del *Vocabulario Rioplatense* incurre en error evidentemente, pues él mismo dice más abajo: «*Charque dulce* dicen al que tiene poca sal, por distinguirlo del muy salado.»

Palma trae *charqui*, y es voz que así debe escribirse, pues viene de *chcharqui*, cecina.

Con la voz *chasque* pasa una cosa análoga.

Don Zorobabel Rodríguez la escribe así, y don Fidelis P. del Solar, gramático y escritor muy competente de Chile, observa que la palabra es quichúa, y que los diccionarios y el uso general están acordes en que sea *chasqui*.

Lo general, sin embargo, entre nosotros es *chasque*, como se ve por los ejemplos siguientes:

Rivera se encontraba en Montevideo, en preparativos de un gran baile, cuando llegó el *chasque* anunciándole que Echagüe vadeaba el Uruguay. (A. Dufort y Álvarez, *Batalla de Cagancha*.)

Los *chasques* iban y venían, con oficios dirigidos á los comandantes militares de los departamentos. (L. V. Mansilla, *Entre-Nos*.)

Quiroga los ha sorprendido con la asombrosa rapidez de su marcha, pues no bien llega el *chasque* que anuncia su próximo arribo, cuando se presenta él mismo y hace abortar todos los preparativos. (Domingo F. Sarmiento, *Facundo*.)

El *chasque* le enteró de la posición que ocupaba y de las fuerzas que tenía. (Francisco A. Berra, *Bosquejo histórico de la República O. del Uruguay*, pág. 275, 3.^a ed.)

El mayor Balcarce hizo partir un *chasque* á la capital para que la junta resolviera sobre el destino de los presos. (Mariano A. Pelliza, *Historia Argentina*, tomo I, página 98.)

DESAPERCIBIDO—Al tratar de esta voz, Palma se expresa así: «En la acepción de *inadvertido*, se ha *impuesto* tanto en España como en América.»

Tiene razón el benemérito autor de *Tradiciones*, si por *imponerse* entendemos, más que infundir respeto ó miedo, el usarse por doctos é indoctos de todas partes.

Desapercibido, en la preindicada acepción, es voz que ha sido empleada á porrillo. El autor cuyo libro me ocupa refiere que un su amigo, á quien le censuraron su empleo, recopiló más de doscientas citas en su apoyo. Por mi parte, recuerdo haberla notado, con la acepción que censuran Baralt, Sbarbi y Bobadilla, en Capma-

ny, Espronceda, Mora, Bretón de los Herreros, Zorrilla, Martínez de la Rosa, Salvá, Donoso Cortés, Clemencín, Amador de los Ríos, Llorente, Pacheco, Avendaño, Cánovas del Castillo y Trueba.

Con todo, yo no me atrevería á recomendar esta palabra, apadrinada por escritores tan afamados, si bien creo que exagera el conocido autor de *Solfeo* cuando, refiriéndose á las frases *pasar desapercibido* y *bajo este punto de vista*, dice en *Capirotazos* (pág. 291): «El único medio, á mi ver, de extirpar semejantes desatinos, sería fijar en las esquinas unos carteles con letras muy gordas que recen:

AL PÚBLICO
BAJO ESTE PUNTO DE VISTA,
PASAR DESAPERCIBIDO.

Queda prohibido, so pena de pagar una multa de cincuenta pesetas, el uso de tales frases.»

Una duda se me ocurre.

¿No procederá el *pasar desapercibido* actual de una errada interpretación de la frase, como tantos otros barbarismos corrientes?

Á mi entender no es esto improbable.

Efectivamente, hay muchísimos ejemplos que se prestan á la anfibología.

Baste el siguiente, que copio de la *Corónica del Muy Alto et Muy Católico Rey Don Alfonso el Onceno* (capítulo cc., edición de la *Biblioteca de Autores Españoles*):

Et desque veno la luz del dia, quisieran los cristianos llegar á la hueste sin facer ruido, porque los moros non se apercibiesen.

DESVESTIRSE—Asevera Palma rotundamente que *desvestirse* y *desnudarse* son acciones distintas; que quien se desnuda se despoja hasta de la ropa interior.

Debe de ser ello cierto. Sin embargo, he leído en Cervantes (*Quijote*, primera parte, capítulo LI):

Tomáronse los caminos, escudriñáronse los bosques y cuanto había, y al cabo de tres días hallaron á la antojadiza Leandra en una cueva de un monte, *desnuda en camisa*, sin muchos dineros y preciosísimas joyas que de su casa había sacado.

Luego, no estaba en pelota.

Gagini recomienda la voz del artículo como mejor formada y más decorosa que *desnudarse*, y asevera que es palabra castellana antiguada, omitida como otras muchas por los diccionaristas.

DIMISIONARIO—No estoy por la admisión de esta voz, tomada del francés.

Pero aun en francés no es antigua con esta significación. *Démissionnaire* es palabra de uso moderno, por más que la nueva acepción haya hecho olvidar la primera, hoy en desuso, según Bescherelle.

En nuestro idioma presenta el grande inconveniente de que los sustantivos terminados en *ario* tienen por lo común sentido pasivo, en especial cuando proceden de verbos en los que se puede distinguir el sentido pasivo del activo. Así es *donatario* aquel á quien se hace una donación; *legatario*, la persona á quien se deja una manda ó legado; *arrendatario*, la que toma en arriendo alguna cosa, si bien suele expresarse la misma idea con *arrendador*; y son

usuarios y *usufructuarios* los que reciben una cosa para gozar del uso ó del usufructo.

DISFUERZO—*Disfuerzo* y *disforzarse* son palabras que significan en el Perú algo así como *remilgo*, *engreirse*, y que morirán con la última lieña, dice Palma.

Me cuesta creer, con todo, que dicciones de tan difícil pronunciación y que traen al espíritu ideas tan diferentes de las que se les atribuyen, logren generalizarse.

DISPARATERO—Queda dicho en otro lugar que esta voz, usada en el Perú y Costa Rica en vez de *disparatador*, no se usa en el Plata.

Agrego ahora que por su terminación ella no trae á la mente el significado que se le asigna, y que está mal formada.

Disparatero y *disfuerzo* son como costal de carbonero, que, según cuentan las crónicas, es malo por fuera y peor de dentro.

EMPACÓN—Lo mismo pienso de esta palabra, que Palma recomienda.

Empacador se ha dicho siempre en el Plata, y me parece preferible á aquélla.

EMPAVARSE—Por *correrse*, no creo que merezca otra cosa que ser confinada á las regiones donde hoy se emplea.

EMPECINADO—En la acepción de *obstinado*, *terco*, *tenaz*, se usa mucho este sustantivo y adjetivo *empecinado*, como el verbo *empecinarse*, que equivale á *encapricharse*, *obstinarse*, etc.

Pero tiene otra acepción, derivada evidentemente de ésta, que Palma no menciona.

Empecinados eran llamados los adeptos de un partido español intransigente de la época de la revolución americana.

Citaré ejemplos que lo comprueben:

Habiase formado un partido, bajo la dirección de fray Cirilo de Alameda, redactor de *La Gaceta*, que deseaba vencer á todo trance ó sucumbir en la demanda. La exaltación de ideas y propaganda con que se había iniciado en la vida política, contrajo á esta agrupación el nombre de partido *empecinado*, con que se la conocía. (Francisco Bauzá, *Historia de la dominación española en el Uruguay*, tomo III, pág. 63, 1.^a ed.)

Partiendo de esta base fué que los oradores de una y otra parte emitieron sus opiniones, incluso los más *empecinados* españoles europeos. (Bartolomé Mitre, *Comprobaciones históricas*. Segunda parte, pág. 172.)

No es novedad que el obispo Lúe fué un español *empecinado* y uno de los principales conjurados. (Vicente Fidel López, *Refutación á las Comprobaciones sobre la Historia de Belgrano*, tomo II, pág. 656.)

El 24 de enero, Elio cerraba las puertas del Uruguay al gobierno de la Junta, reforzaba las poblaciones del litoral, comisionaba á la flotilla para que vigilara los ríos, y se declaraba el más *empecinado* de los *empecinados*, partido español exagerado que acababa de cometer, acaudillado por Soria, los más violentos desmanes. (Víctor Arreguine, *Historia del Uruguay*, págs. 170-171.)

La fracción de los llamados *empecinados*, que existía á la sazón en la plaza de Montevideo, y de que eran cabezas principales el comandante de marina Salazar y el mayor de plaza Ponce, se había manifestado opuesta al armisticio. (Isidoro De-Maria, *Compendio de la Historia de la República Oriental del Uruguay*, libro II, pág. 127.)

Tratábase de abolir el derecho de óleos, aquel peaje que pagamos á la entrada de la vida, y el clérigo Astorga, que había sido *godo empecinado*, y era entonces católico rancio, para ser después federal neto, acusaba el fanatismo de los mismos pobres á quienes se quería ali-

gerar de aquella gabela, ni más ni menos como ahorales bárbaros llaman salvajes y extranjeros á los que se interesan por volverlos á contar entre los pueblos civilizados. (Domingo F. Sarmiento, *Recuerdos de Provincia*, pág. 34.)

Mucho sigilo, hermanos, añadió. Un *empecinado* ha seguido mis pasos. (Eduardo Acevedo Diaz, *Ismael*, página 290.)

¿Para qué quieren las personas de bien el dinero? Aquí no hay gente viciosa. Los *empecinados* combaten por la gloria, la libertad, la independencia. (B. Pérez Galdós, *Juan Martín el Empecinado*, tomo V de los *Episodios Nacionales*, pág. 50.)

Y á propósito de esta obra del eminentísimo novelador español, debo hacer notar que la voz *caudillaje* no es tan exclusiva de nosotros los americanos como he aseverado en otro lugar, pues en la página 39 de esa novela se lee:

Tres tipos ofrece el *caudillaje* en España, que son: el guerrillero, el contrabandista, el ladrón de caminos.

EMPLUMAR—Digo de esta voz lo que manifesté al principio de estos apuntamientos: que no se usa en el Plata en la acepción que se le asigna.

Ni la recomiendo, por mi parte. *Emplumar*, por *evadirse*, *desaparecer*, *alzar el vuelo*, no es sino una de tantas voces con significación caprichosa, que bien puede..... alzar el vuelo..... evadirse..... desaparecer.

ENMONARSE—Afirma el autor de *Neologismos y americanismos*, que es lo mismo que *emborracharse*, tener una *mona*.

Prescindiendo de lo pernicioso que sería formar verbos para cada palabra con que designamos por acá la borrachera (*mamada*, *pedo*, *ma-*

múa, tranca, peludo, etc.), yo creo que se equivoca grandemente nuestro autor.

Enmonarse, caso de ser necesario, será, no *tener una mona*, sino *cogerla*, lo que, como se ve, es cosa diferente.

ESCLAVATURA—Es conjunto ó colectividad de esclavos, dice Palma; y opino que yerra:

1.º Porque *conjunto* es agregado de varias cosas, según la Academia, lo cual, hoy á lo menos, no puede decirse de los esclavos. Verdad es que la misma docta Corporación se contradice al tratar de las voces *nacidos, episcopado y protestantismo*.

2.º Porque, prescindiendo de esto, la voz *esclavatura*, tal como suele usarse, no dice relación á número, sino parece referirse á la idea de sistema ó institución. Así el mismo Palma, á renglón seguido de lo transscrito, agrega: «*Esclavócrata*—Defensor ó partidario del *sistema de esclavatura*.»

FRANGOLLO—Es también, como en Chile y el Perú, de uso frecuente en el Plata, y lo mismo *frangollador, frangollón*, formados del castizo *frangollar*, hacer una cosa mal y de prisa.

Aventaja á los demás
El que estas cosas entienda.
Es bueno que el hombre aprenda,
Pues hay pocos domadores
Y muchos *frangolladores*
Que andan de bozal y rienda.

(José Hernández, *La vuelta de Martín Fierro*.)

Frangollón, na, adj.—Dicese del que hace de prisa y mal una cosa. Ú. t. c. s. (Daniel Granada, *Vocabulario Rioplatense*.)

FREGAR—Por *fastidiar*, es empleado no solamente en el Perú, sino también en Colombia, en Chile, en el Plata y probablemente en toda Hispano-América.

¿Y por qué no tocan *gato*,
 Ó aunque sea *pericón*,
 Ó *cielo* con relación
 Para que pueda bailar?
 No venga, don, á *fregar*
 Con sus bailes de *puebleros*.
 ¿Para qué tocan *lanceros*
 Si á nadie van á *lancear*?

(Toribio Zapata.)

Pero, Zapata, no *frieguet*!
 ¿Qué banda quiere que llegue?
 ¿No ve que van á tocar
 El piano para bailar?
 —¡Piano!—dijo:—no comprendo.
 Pero ¿qué diablo está haciendo
 Que tarda tanto en llegar?

(Ibid.)

Pero opino con el muy apreciable autor de *Reparos al Diccionario de Chilenismos*, que palabras como ésta y sus derivados deben proscribirse del lenguaje culto.

FRITANGA—Empleada en lugar de *fritada*, tiene esta voz tanto uso en América, que es imposible desterrarla.

«Parece, sin embargo, observa Amunátegui Reyes, que la voz *fritanga* no es desconocida en España, como se ve por el siguiente trozo, tomado de un artículo escrito por don José Ortega Munilla con el nombre de *Noche de Reyes*!

Lo mismo era su madre, se apresuró á decir la tía Sátrapa, mientras espolvoreaba la molida y bien oliente canela sobre el caldero de la *fritanga*.»

GALIQUIENTO—Amunátegui Reyes dice al tratar de esta voz, que los sifilíticos ó galicosos, como los llama el Diccionario de la lengua, son designados en su país con el nombre de *galiquentos*.

Palma escribe la palabra según la he copiado.

GALPÓN—He extrañado que, al tratar de este vocablo, haya notado Palma sólo que es el departamento que en las haciendas de América habitaban los esclavos, porque, á lo que entiendo, él mismo en alguna ocasión nos ha hablado de que es una construcción generalmente aislada, con paredes ó sin ellas, y el techo de una ó dos pendientes, algo así como lo que llaman *cobertizo* en España.

Sea de ello lo que fuere, el hecho es que esta significación no es desconocida ni en el Perú, ni en Chile, ni en Méjico.

Hoy hace de iglesia una cuadra, ó *galpón*, bien inferior. (Azara, *Descripción é historia del Paraguay y del Río de la Plata*.)

En el campamento de López se ven pocas tiendas de campaña: el alojamiento de la tropa es de muchos, entre los que se ven casas de material y vastos *galpones*. (León de Palleja, *Diario de la guerra del Paraguay*, tomo 2º, pág. 160.)

Ya estamos en la fábrica, cuyas instalaciones las componen cuatro edificios importantes. Á la derecha, las *canchas* de matanza y *galpones* para la elaboración de los productos. (Daniel Muñoz, *Colección de artículos*, pág. 306.)

Allí estarian los astilleros, allí estarian los arsenales navales, situados hoy en los *galpones* de Zárate, que es lo mismo que decir en la playa de San Borombón. (Ángel Floro Costa, *Nirvana*, pág. 289.)

Hasta 1855, que se introdujeron en las estancias pro-

cederes industriales y el uso de la galleta, pues el pan era desconocido, fué práctica colgar una res entera en el *galpón* á merced de los peones, y renovarla cada tres días para anticiparse á la descomposición. (Domingo F. Sarmiento, *Conflictos y armonías de las razas en América*, pág. 195.)

Como lo dije, ¡gran disgusto! Benavente, el estúpido Benavente tiró la cofilla de su apestoso puro en el *galpón*, sobre el pasto de las camas. (Carlos Reyles, *Eeba*, pág. 255.)

Después, en los otros puntos
tenían colocación
una tahona, dos cocinas,
el granero y el *galpón*.

(Hilario Ascásubi, *Santos Vega*, Primer volumen, pág. 32.)

Y los obreros que el *galpón* levantan
Al golpear en las clavadas vigas,
Del cinc haciendo revibrar las chapas,
La siempre invicta voluntad del hombre,
La gran cosecha y la victoria cantan!

(Francisco Soto y Calvo, *Poesías*, pág. 137.)

GAUCHAJE— Agrupación de gaúchos en las Repúblicas del Plata.

Esta es la acepción que da á este sustantivo Palma, quien juiciosamente agrega que la definición de *gaúcho* que trae la Academia (y que el nuevo *Diccionario Encyclopédico Hispano-American* se encarga de embastecer con comentarios tan disparatados como ridículos) (1) no es la que argentinos y uruguayos le damos.

(1) Baste observar que el autor del artículo del *Diccionario* llama la *chiripa* al *chiripá*, y asevera que nuestros paisanos distinguen á distancia á los extranjeros por el olor.....

Don Daniel Granada agrega que tal palabra *gauchaje* tómase regularmente en mala parte.

No creo tenga razón.

Lo que hay de cierto es que ella responde á las dos acepciones de *gaúcho*: hombre diestro en asuntos de campo, listo y avisado, y hombre pendenciero, vago, aficionado á vivir de gorra. En este último sentido solía apellidárseles antes *gaudierios* á nuestros campesinos, como puede verse en *Concoloncorbo*, Doblas y Estala.

He aquí ejemplos de *gauchaje*:

Estos focos de reunión del *gauchaje* valiente, ignorante, libre y desocupado, estaban diseminados á millones en la campaña. (Domingo F. Sarmiento.)

Artigas era el caudillo por excelencia del *gauchaje* oriental. (Vicente Fidel López.)

No faltaban, ya se entiende,
En aquel *gauchaje* inmenso,
Muchos que ya conocían
La historia de Martín Fierro.

(José Hernández, *La vuelta de Martín Fierro*.)

Pues si dicho personaje,
Vulgarísimo es acá,
No lo es ni con mucho allá,
Y menos para el *gauchaje*.

(Washington P. Bermúdez, *El Negro Timoteo*, 2.ª época, año II, pág. 208.)

Úsase también el adjetivo *gauchesco*, perteneciente ó relativo á los gaúchos.

Ejemplificaré esta verdad:

Tales son el estilo y la forma dialogal adoptados por Hidalgo en sus composiciones *gauchescas*. (Francisco Bauzá, *Estudios literarios*, pág. 108.)

No es esto de extrañar, conocida la tendencia y el gusto *gauchesco* del oriundo de las aristocráticas poblaciones. (De una carta de don José Cándido Bustamante.)

Habrá gentes, sin embargo, para quienes las bellezas del pensamiento y de poesía de que está profusamente sembrada, no serán tales bellezas, por la razón soberanamente estúpida de que el estilo y el lenguaje son *gauchescos*. (Juan María Torres, *Juicio sobre Martín Fierro*.)

Al bajar á la arena de la literatura *gauchesca*, no llevo otra mira que la de sembrar en el árido desierto de mi inteligencia la semilla que he recogido de sus hermosos trabajos. (Estanislao del Campo, *Prólogo de Santos Vega*, pág. XXXV.)

Los diálogos de Hidalgo y de sus imitadores no tenían un fin poético, propiamente dicho, pero no puedo negarme que fueron el germen de esa peculiar literatura *gauchesca*, que libre luego de la intención del momento, ha producido las obras más originales de la literatura *sudamericana*. (M. Menéndez Pelayo, *Antología de poetas hispano-americanos*, tomo IV, pág. CXCVI.)

Y vaya una observación á propósito de este último ejemplo.

El eminentísimo autor de la *Historia de las Ideas Estéticas en España*, siguiendo el uso académico, escribe la voz *sud-americana* como la he transcrita arriba.

Tal práctica la conceptúo viciosa y poco conforme á los cánones ortológicos, en virtud de los cuales la *d* debe formar articulación inversa ó final con la *u* que la precede, no directa ó inicial con la *a* que la subsigue, por cuanto la palabra *sud-americana* resulta visiblemente formada de la unión de dos vocablos significativos, cada uno de los cuales conserva su acepción natural.

GURUPIÉ—Así trae Palma esta palabreja, que Salvá, Serrano y el siempre *Novísimo Diccionario* escriben *gurupié*, Barcia *gurupie*, mis paisanos pronuncian, si no me equivoco, *gurupí*,

y que la Academia no incluye en su vocabulario
Allá ellos.

HINCARSE—*Hincarse de rodillas* por *arrodiársese* no es exclusivo de América, ni es neologismo, ni cosa que lo valga.

Usan la frase en esta acepción muchísimos autores españoles, y es olvido de la Academia, de Salvá y de Barcia el hecho de no traerla en sus obras, pues la emplean Serrano y los autores del *Novísimo Diccionario*.

Por si esta afirmación no bastare, acotaré ejemplos que lo patenticen.

Y así fatigado de este pensamiento abrevió su venteril y limitada cena, la cual acabada, llamó al ventero, y encerrándose con él en la caballeriza, se *hincó de rodillas* ante él. (Cervantes, *Quijote*, parte primera, cap. III.)

Apartóle por una puerta, é *hincando los hinojos* ante él, le dijo: como quiera que yo, señor, no os haya servido, atreviéndome á vuestra gran virtud, quiero demandaros merced. (*Amadís de Gaula*, cap. 58.)

Aquí concluyendo, *fincó la rodilla*,
Besando la tierra como natural,
Delante su grande poderio real
De aqueste alto rey de León y Castilla.

(Pablo de Santa María, *Historia Universal*.)
Pues *fincó los inojos*, é cinxóse l' espada.

(Juan Lorenzo, *Alejandro*, 432.)

Los *inojos* e las manos en tierra las *fincó*:
Las yerbas del campo a dientes las *tomó*.

(*Poema del Cid*, *La gesta de Mio Cid*, cantar II.)

Pero *hincarse*, por sí solo, no sé que signifique otra cosa que *clavarse*.

IRRIGAR—Falta este verbo en el Diccionario de la lengua, en el cual no se ven tampoco los

sustantivos *irrigación* é *irrigador*, que Palma patrocina.

Pero ¿hacen falta?

Todas tres palabras, en el sentido de *regar*, *riego* y *regadera*, *regadero*, son galicanas, y á mi cuidar no deben admitirse, por no ofrecer su admisión ventaja alguna.

No es esto sólo. El verbo *irriguer*, del que se deriva el flamante *irrigar*, que ni Rivodó incluye en su *Diccionario consultor*, es neologismo en francés. Así lo nota Littré, y lo comprueba además la circunstancia de no encontrarse ni en el *Diccionario de Bescherelle* ni en el de la Academia.

Al emitir estas ideas, debo notar que no estoy en pugna con el autor de *Borrones gramaticales*.

Amunátegui Reyes, efectivamente, asevera que el sustantivo *irrigador*, que designa un instrumento análogo á la jeringa, ha sido canonizado por el uso corriente.

Pero, como se advierte, semejante instrumento nada tiene que ver con el aparato de riego á que Palma parece aludir.

JESUITISMO—Pregunta este autor con sorna por qué habrá sido eliminado el vocablo del *Diccionario académico*.

El porqué lo sabemos todos. La Academia ha omitido las dos acepciones que tenía en la décima edición, de 1852, por huír de la última, tan exacta como usual.

Jesuitismo (Met. fam. *Conducta artera y astuta*), es palabra que un Diccionario que no pueda ser tildado de obra partidaria, debe contener en sus columnas.

Dos limitaciones señala Baralt á los vocablos

de esta terminación en *ismo*, tan fácilmente formables:

1.º Se toman siempre en mala parte cuando existe en la lengua otro vocablo con el cual se expresa la idea que envuelve, y

2.º La abundancia de ellos en el discurso comunica á éste un sabor pedantesco, en sumo grado inelegante y antiliterario.

Esta última consideración ha adquirido tal importancia, por la irrupción de palabras de esa especie, que es menester oponerse decididamente á su admisión cuando no son de evidente utilidad.

Don J. A. de Lavalle, en una pequeña nómina de voces que Palma trae en un apéndice del libro, recomienda media docena de esta clase que no figuran en el léxico.

Hay que convenir en que el señor Lavalle se ha quedado corto en la enumeración.

Prescindiendo de su legitimidad, acuden en este momento á los puntos de mi pluma: *altruismo*, *argentinismo*, *aristotelismo*, *bandolerismo*, *colectivismo*, *colorismo*, *comunalismo*, *cosmopolitismo*, *charruismo*, *chilenismo*, *decadentismo*, *especialismo*, *evolucionismo*, *exotismo*, *flamenquismo*, *funcionalismo*, *gramaticalismo*, *humanitarismo*, *ideísmo*, *impressionismo*, *latitudinarismo*, *localismo*, *modernismo*, *monosilabismo*, *mundanismo*, *naturalismo*, *peruanismo*, *posibilismo*, *radicalismo*, *realismo*, *relativismo*, *retoricismo*, *simbolismo*, *transformismo*, *unitarismo*, *venezolanismo*, *verismo*, *vulgarismo*.

LOGOMAQUIA—Es voz usada muchos años ha en Europa y América, y que se puede ver en Salvé, Barcia, Serrano, el *Novísimo Diccionario* y el *Encyclopédico Hispano-American*o.

Paréceme, pues, que el léxico oficial debe admitirla, si no á título de americanismo, como *neologismo* que ha prestado buenos servicios.

Nada retrasó tanto el problema de las ciencias como la *logomaquia* y la creación de vocablos nuevos. (Buffon, *Mineralogia*, tomo 3.º, pág. 160.)

LONDONENSE— «El nacido en Londres. En buena filología no se le puede llamar *londronense* ni *londrinense*.» (Palma.)

Pero sí se le puede llamar *londinense* (del latín *londinensis*), según se ve en Barcia, la Academia, Salvá y el *Diccionario Enciclopédico Hispano-American*o.

Sin embargo, en España no es desconocida la voz prohijada por el reputado literato peruano.

Se autorizó á la Compañía *londonense* de Arauco, en armonía con una concesión otorgada en 1884, para acabar de construir una vía férrea. (A. U. Hancock, *Historia de Chile*, págs. 326-327. Traducción de José Casado.)

MASACOTUDO— Dice nuestro autor que se aplica al pan, bizcocho, guisado ó pasta en que la masa está mal preparada.

En castellano se ha dicho siempre *amazacotado*.

MECHIFICAR— En una nota puesta á la introducción de su *Gramática de la lengua castellana*, Martínez López, expresándose como siempre con excesiva dureza é injusticia sobre don Vicente Salvá, dice que «instado por éste un señor Pujals para que le diese algún artículo con que engordar el Diccionario, respondió á la impertinencia con el verbo *mechificar*, el cual verbo cayó en la ratonera. No sé si vale lo que suena, pero

casi estoy por decir que Salvá fué el *mechificado*.»

Además de este apreciabilísimo gramático, traen este verbo el *Novísimo Diccionario*, como americanismo, y Serrano como provincialismo de Venezuela. A lo que sé, es de uso en Venezuela y en el Perú.

El autor de *Neologismos y americanismos* ha olvidado hacernos notar en su opúsculo cuáles pueblos de América emplean las voces que en él incluye, y en verdad que muchas de ellas no las conocemos en el Plata. Todo lo que nos adelanta en el prólogo es que se usan cuando menos por dos ó tres naciones. Pero, pregunto yo, teniendo en cuenta el fin perseguido: ¿puede ello bastar?

MONTUBIO—Al individuo que anda ó está hecho á andar en los montes, ó se ha criado en e'los, siempre se ha llamado *montaraz*.

Nuestro autor, sin embargo, propone *montubio*.

.... no comprarán gitanos
Á la mujer de García,
Que es muy dura y *montaraz*.

(Rojas.)

También el adjetivo *montañés* suele usarse como sustantivo.

MUCAMO—Yerra Palma cuando nos dice que esta palabra es originaria del Brasil.

La voz *mucima* es importación africana, y por tal la he tenido siempre.

Viene en mi apoyo el acreditado *Novo Dicionario da Lingua Portugueza*, de Eduardo de Faría, en el cual se lee:

Mucama, s. f. (voz afric.) a escrava que acompanha a señora quando esta váe em cadeirinha. Na Bahia e em Pernambuco chama-se *munibanda*.

Serrano trae *mucama*.

ÑÁÑIGO—«El perteneciente á una asociación secreta que, en la Isla de Cuba, han formado los negros.» Hasta aquí Palma.

Yo no digo que no sea cierto; pero sí afirmo que la voz *ñáñigo* es por lo menos tan horrorosa como el sargento Utrera, que reventó de puro feo, y cuya nodriza, según refieren las historias, se vió constreñida á recurrir al molesto expediente de darle la papilla por el trasero para no verle la cara.

ÑATO—Tiene razón el autor de *Neologismos y americanismos* para recomendar esta voz, equivalente de *chato* en España.

Ñato se emplea en el Perú (Espinosa y Palma), Chile (Rodríguez), Colombia (Cuervo), Venezuela (Rivodó), Cuba (Pichardo), Costa Rica (Gagini y Brenes), la República Argentina y el Uruguay.

En un muy interesante y erudito trabajo sobre el idioma quichúa inserto en los acreditados *Anales de la Universidad de Chile*, don Rafael B. Gumucio se expresa así: «No hay para qué echarle la culpa al quichúa *ñanppi* de la avería de los *ñatos*. *Chato* es á *ñato* como *Chana* es á *Juana*, y *ñato* no es más que corrupción de *chato*.»

PAJONAL—Terreno en que abunda la paja. Suele llamarse también *pajal*. Se conocen en el Plata muchas palabras de

esta clase, terminadas la mayor parte en *l* y otras algunas en *r*, que no figuran en el léxico académico.

Recuerdo en este momento *achiral*, *arazar*, *breal*, *cardal* (por *cardizal*), *cebilar*, *chaguaral*, *chalchalar*, *chamical*, *chircal*, *churcal*, *duraznal*, *espinillar*, *fical*, *jumial*, *quinual*, *sunchal*, *tartagal*, voces con que se designan parajes en que abundan la *achira*, el *arazá*, el árbol llamado *brea*, el cardo, el *cebil*, el *chaguar*, el *chalchal*, el *chamico* (*chamiza* en castellano), la *chirca*, el *churqui*, el *duraznero*, el *espinillo*, la yerba llamada *sique*, el *jume*, la *quinua*, el *suncho* y el *tártago*.

La voz del artículo, que la traen Barcia, Serrano, Salvá y el *Novísimo Diccionario* en la acepción de *ichu*, se usa mucho en la que Palma le asigna.

He aquí ejemplos:

En todo el continente americano son muy frecuentes los incendios de los bosques, sabanas ó *pajonales*. (Azara, *Descripción é Historia del Paraguay y Rio de la Plata*.)

Al salir pasamos cerca de un *pajonal* y vimos unos animalitos tamaños como gazapos, que pastaban, sin duda, la yerba tierna del bajo, y que al sentirnos echaban a correr y se perdían entre la paja. (Manuel Bernárdez, *25 días de campo*, págs. 142-143.)

Allí los mirasoles
Abren sus verdes alas,
Y lanzan estridentes alaridos
Los pesados *chajás* en las barrancas.
Tiemblan los amarillos *pajonales*,
Y brillan las tacuaras,
Y, entre los cardos secos y caídos,
Cruzan la lagartija y las iguanas.
(Juan Zorrilla de San Martín, *Tabaré*,
canto V.)

PANEGIRIZAR—No me opongo á la admisión de este verbo, bien formado y de uso frecuente en la oratoria sagrada de América; pero la razón de que el padre Isla lo empleó en su *Fray Gerundio* no me parece por sí sola decisiva.

Ya he tratado de esta cuestión en la introducción á estos apuntamientos, y no volveré ahora á hacerlo.

Agregaré, con todo, que si una cosa está bien dicha porque la prohijó el padre Isla—que es autoridad sin duda alguna en materia de lenguaje—debemos decir *mi amigo* (en vocativo), *fué ver, revoletear, cualesquiera otro, á pies juntilllos, abrogarse un título*, cosas todas que pueden verse en sus *Cartas familiares*, en el *Día grande de Navarra* y en las *Cartas de Juan de la Encina*.

PERICOTE—Barcia, Salvá, Serrano, el *Novísimo Diccionario* y el *Diccionario Enciclopédico Hispano-American* nos hablan de los animalejos conocidos en muchas partes de América con el nombre de *pericotes*, ratones de tamaño mucho mayor que el ordinario.

Sea lo que se fuere, no se puede dudar que hay muchísimos y muy perjudiciales, especialmente los que por acá llaman *pericotes*, que llegan á tal tamaño, que se hacen temer de los gatos, sin que se atrevan á asaltarlos, si no son muy valientes. (P. Lozano, *Conquista del Río de la Plata*, tomo I, pág. 278.)

Se comen, no sólo los domesticados sino los silvestres ó *alzados*, que en Dios y en nuestra alma se asemejan tanto á nuestros *ratones*, por mal nombre llamados *pericotes*, como un huevo á otro huevo. (Zorobabel Rodríguez, *Diccionario de Chilenismos*.)

Debo agregar que en el Plata se llaman también *pericotes* unos abanicos de gran tamaño.

PITAR—Nota Amunátegui Reyes, á propósito de este verbo, que en Chile, hasta no ha mucho tiempo, se decía unánimemente *pitar* en vez de *fumar*; y después de citar un ejemplo de *El Proscrito* de Bello en que se halla, concluye diciendo que desde que se supo lo que había sobre el particular, á lo cual contribuyó el mismo Bello, nadie atribuye á *pitar* el sentido de aspirar y despedir el humo del tabaco.

No puedo decir que igual cosa acontece en el Uruguay, si bien es mirado como vulgarismo reprehensible por la gente bien educada.

Yo siempre pico el tabaco

Por no pitarlo aventao.

(Estanislao del Campo.)

Velarde se les juntó, convidándolos á *pitar*. (Eduardo Acevedo Diaz, *Ismael*.)

POLICIACO—De lo que exponen Palma y Barcia en su *Diccionario Etimológico* con motivo de esta voz, se sigue que con ella se designa en el Perú al agente que nosotros llamamos *policíaco*, en castellano *polizonte*.

Serrano y los autores del *Novísimo Diccionario* designan á esos agentes con el nombre de *policíos*.

Es de uso también el adjetivo *policíaco*, que se aplica á lo concerniente á la policía, que algunos quieren sea *pacial*.

Critica higiénica y *policíaca* fué la que ejerció Boileau combatiendo el mal gusto y los adefesios. (Leopoldo Alas, *Palique*, pág. XVIII.)

Sigue la suerte de sus instituciones políticas, y se traduce en ella el espíritu doctrinario, fecundísimo en inventivas para limitar y someter á la acción *policíaca* las manifestaciones de la actividad personal. (Adolfo Posa-

da, *La administración política y la administración social*, pág. 122.)

POTRERO—Terreno cercado y *sembrado*, regularmente de poca extensión. (Palma.)

Es voz bastante generalizada; pero si el vocablo tiene en el Perú la significación que entre nosotros, no le arriendo la ganancia al que por allá siembre en *potrero*.

PRESUPUESTAR—Grande es el alboroto que se ha metido á propósito de este verbo, que sirve de piedra de escándalo hace más de medio siglo, sin que en el actual estado de las cosas se pueda decir por quiénes quedará el campo: si por los que con la Academia creen que es obra meritaria pasarlo á cuchillo, ó los innovadores que pretenden cobijarlo en el sagrado del Diccionario.

Se le ha tachado de bárbaro y estrafalario, grosero, disparatado y rudo verbo. Juan de Arona ha llegado á afirmar con mucha gracia que como se trata de recordar al importantísimo sujeto llamado *Presupuesto*, base formado en amor suyo un verbo que lo recuerde más directamente que *presuponer*, como aquel indio bárbaro que de educación sacaba *educacionador*, como hubiera podido *conversacionador* de *conversación*.

Su formación no es tan disparatada como se cree generalmente.

Don Juan Valera, en sus *Disertaciones y juicios literarios* (págs. 128-129), se expresa así respecto de esta voz: «Mucha burla se ha hecho del verbo *presupuestar*, que viene de *presupuesto*, que viene de *presuponer*. Esto sólo prueba, ú olvido de las leyes y naturaleza del lenguaje, ó falta de reflexión, pues al cabo no es una ciencia oculta ni

un misterio recóndito el que hay en español centenares de verbos formados exactamente como *presupuestar*, del participio pasivo irregular, ó del supino de otro verbo. Sirvan de muestra: *cantar, decantar y encantar*, de *cano, cantum*; *cur-sar*, de *curro, cursum*; *pensar*, de *pendo, pensum*; *pulsar, impulsar, expulsar*, de *pello, pulsum*; *saltar, insultar, consultar, exultar*, de *salio, saltum*; y *de-positar y despropositar*, de *pono, positum*.»

PUCHO—Viene del quichua *puchu*, sobra, desperdicio, y es voz conocida en toda Sud-América.

La patria, al que ha perecido
Desprecia como un guijarro.....
Como yo arrojo y olvido
El *puchu* de mi cigarro.

(Florencio Balcarce, composición in-titulada *El cigarro*.)

De tiempo en tiempo, con el revés de la mano, se quita de sobre los ojos las *renegridas* greñas, encendía de nuevo el apestoso *puchu*, y con él en la boca, y el ojo izquierdo entornado para evitar que le entrase el humo, volvía á su tarea cachazudamente. (Carlos Reyles, *Beba*, pág. 317.)

Atrévome á decir: si usted permite
Que la pida limosna, señorita,
Cuando acabe regáleme el *puchito*.

(Ricardo Palma, *Verbos y gerundios*.)

Antonio de Valbuena, espíritu estrecho si los hay, censura el último ejemplo en sus *Ripios ultramarinos*.

Ignora, por lo visto, que Salvá, hace más de medio siglo, mencionó la voz en su *Diccionario*.

RABONA—*Hacer rabona*, por hacer novillos un escolar, es castellano.

Lo noto porque Palma parece considerarlo americanismo.

ROCAMBORISTA — Son muchas las palabras de esta terminación que no han encontrado aún cabida en los diccionarios.

Don J. A. de Lavalle presenta en su apéndice a *Neologismos y americanismos* varias de esta clase, que, como las terminadas en *ismo*, se emplean a roso y velloso.

No figuran en el léxico oficial, ni en Palma, ni en la nómina del señor Lavalle, *alarmista*, *colectivista*, *comentarista*, *congresista*, *convencionalista*, *decadentista*, *evolucionista*, *exclusivista*, *excursionista*, *experimentalista*, *impresionista*, *paragüista*, *parlamentista*, *partidarista* ó *partidista*, *prohibicionista*, *sentimentalista*, *solista*, *verista* y otras muchas.

Con todo, algunas de ellas son necesarias.

SABLEAR — No se encuentra este verbo en el léxico oficial, y sin duda conviene adoptarlo.

El *asablazar*, que proponen Barcia y los autores del *Novísimo Diccionario*, derivado de *sablazo*, no me parece preferible al verbo americano.

SINVERGÜENZA — De acuerdo con Palma y el doctor Thebussen, hago votos por la admisión de esta voz familiar.

Sinvergüenzas, a escribir; y al que me chiste le abro la cabeza. (B. Pérez Galdós, *Miau*, citado por Gagini.)

Yo soy mi *sinvergüenza*, pero soy buena. (Bobadilla, *Solfeo*, pág. 244.)

Pero *sinvergüencería* (en castellano *desvergüenza*), que Palma quiere colar en el léxico, pasa ya de castaño oseuro, salvo mejor opinión.

TATUAJE—La acción de *tatuarse*. El *tatuaje* es hoy frecuente entre marineros. (Palma.)

El distinguido crítico cubano don Emilio Bobadilla dice en su obra *Solfeo* (página 270):

Confunden la melodía de un concierto de violines con el estrépito de una charanga; el azul sanguíneo de las venas con el *tatuaje*, digase *taracea*.

No tiene razón á mi entender.

La palabra *taracea* sirve para designar una obra de embutidos, hecha con pedazos menudos de hoja de madera en sus colores naturales y también con maderas teñidas, concha, nácar y otras materias; significado que, como se advierte, no es el asignado á la voz *tatuaje*.

Taracea es derivado de una voz árabe que quiere decir *incrustación*. *Tatuaje* viene del tahitiano *tatau*, derivado á su vez de *ta*, marca, dibujo, diseño, pronunciado *tataú*, voz que sirve para significar las señales ó dibujos trazados en la piel humana, según que puede verse en Berchon, *Recherches sur le tatouage*.

Nosotros hemos tomado el vocablo del francés.

He aquí ejemplos:

No hay rotularse! ¿Sabe V. lo que seria, en todo caso, rotularse? Ponerse rótulos, el *tatuaje* de los salvajes, como si dijéramos. (Leopoldo Alas, *Pulique*, pág. 266.)

Lo prueban las flores amarillas, rojas y azules, de los ridiculos bonetes, la hinchazón de mucetas, el *tatuaje* civil de medallas, vuelillos y demás bordaduras y cimeras. (Ibid, *Ensayos y revistas*, pág. 21.)

¿Qué es el *tatuaje*?—agregaba el señor Nieto limpiándose las narices con el pañuelo.—¿Para qué sirve el *tatuaje*? ¡El *tatuaje*! Bueno está el *tatuaje*! (Emilio Bobadilla, *Capirotazos*, pág. 351.)

Que el condenado á muerte no sea fusilado ante un cuadro de soldados, de autoridades altas, de empleados,

de médicos, sino que sea un desaparecido misterioso, que no ofrezca á los ojos de nadie la impresionante sugerencia de su mueca y de su estallido de sesos, producido por el proyectil del tiro de gracia, que se graban en la memoria de los espectadores como un *tatuaje* repugnante. (Teófilo Eugenio Díaz, *Desfile de impresiones*, página 66.)

Lo dicho de *tatuaje* lo hago extensivo á *tatuar*, que no es lo mismo que *taracear*, por las razones expuestas.

TEMBLADERA — *Tembladero, tremedal y temblad* son voces castellanas.

Palma propone *tembladera*.

Úsase en el Plata *tembladeral*.

TUTUMA — La cabeza. Ser *duro de tutuma*, ser torpe, sin entendederas. (Palma.)

La voz procede del árbol del mismo nombre, que se cría en las Misiones, y la frase citada por Palma toma su origen evidentemente de la dureza proverbial del fruto.

El fruto se llama también *tutuma*, que es en forma de calabazos; algunos tan grandes, que caben dos azumbres, y su canto tan grueso, que sirven para lo mismo que las vasijas de barro, sin quemarse puestos al fuego. (P. Lozano, *Historia de la conquista del Paraguay*, tomo I, pág. 289.)

El filólogo Rivodó manifiesta en su *Diccionario consultor* que debe decirse *totuma*, no *tutuma*.

VIVAR — «El verbo *vivar* es republicano por excelencia, y en América vivimos conjugándolo siempre. Y no me digan que es desusado en España, pues lo he oido nada menos que de boca del ilustre académico don Gaspar Núñez de Arce, quien, al *clausurar* el Congreso Literario, ter-

minó su discurso con estas palabras: *¡Viva España! ¡Vivan las repúblicas hispano-americanas!*» Hasta aquí Palma.

He transcritto estas palabras, no para condenar la voz del artículo, cuya necesidad por otra parte no me parece justificada suficientemente, sino para manifestar mi desacuerdo respecto á la propiedad del ejemplo elegido.

La inflexión *vivan*, empleada por el insigne poeta español, ¿no es, con efecto, del verbo *vivir*? Para mí ello es tan claro como la luz del día.

Interrogado por mí á propósito de esta voz el muy distinguido escritor chileno Amunátegui Reyes, tuvo á bien responder á la pregunta del modo siguiente, y es excusado decir que estoy de perfecto acuerdo con sus ideas:

« Indudablemente, *viva* será del verbo *vivir* en estas frases: « *Pedro viva* a su patron; »

« *Viva tú a Pedro* i yo *vivaré a Juan*. »

» Pero el sustantivo *viva* i la interjección */viva!* han nacido del optativo del verbo *vivir*.

» *Vivar* es un neologismo que la Academia no ha aceptado i que evidentemente trae su origen del sustantivo *viva* o de la interjección */viva!* pues *vivar* significa « *lanzar vivas*. »

» No me atrevería a condenar este verbo, ya de bastante uso, pero reconozco que no es necesario, porque en castellano tenemos *victorear* o *vitorear*, que expresan la idea de lanzar vítores o vivas. »

Al emprender la tarea de comentar brevemente los *Neologismos y americanismos* de don Ricardo Palma, no ha sido mi ánimo, y espero se tenga ello muy en cuenta por los inteligentes, tratar la materia, de suyo vasta y compleja, con detenimiento, ni examinar la obra en detalle, como lo requeriría un estudio detenido y serio.

Mi propósito ha sido más humilde.

Se ha reducido al de escoger y anotar á la ligera, palabras que traían alguna idea á mi mente.

Lejos, pues, de mí el aprobar ni desaprobar los vocablos sobre los cuales he guardado silencio, que son la mayor parte. De ellos hay algunos que claman por un espacio en el Diccionario; otros me suenan muy mal, y no los recomendaría así me ahorcasen. Dejo al juicio de personas más competentes que yo el justipreciarlos en su verdadero valor, y espero se me dispensen estas omisiones en gracia de la brevedad.

Me resta decir algo con relación al autor del libro que me ocupa.

Yo tengo por Ricardo Palma un profundo respeto, nacido de mi estima por sus virtudes, de mi aprecio por su labor, de mi admiración por sus talentos. Digo más. Podrán indicarse hombres que descuellan más que él en esta América, tan pródiga en inteligencias portentosas; pero no me atrevería á señalar hoy ninguno que tenga más títulos que él á la consideración de los que valoramos el trabajo en cuanto realza, la constancia en lo que enaltece y el deber en cuanto dignifica.

Si he impugnado algunas de las conclusiones que establece autor para mí tan respetable, no

me ha llevado á ello otro móvil que el afán de decir lo que siento y como lo siento; y si he aconsejado prudencia ante el avance de neologismos que amenazan dar por el pie nuestra hermosa, nuestra grande lengua española, búsquese la explicación del hecho, no en sentimientos partidarios que me son ajenos, sino en el propósito desinteresado y sincero de decir la verdad, lo que á lo menos es verdad para mi espíritu.

Pero no nos ciegue el respeto á lo pasado, ni encerremos nuestro idioma en los mezquinos moldes de un afectado purismo. Sentiría infinito contribuir al triunfo de escuela de tan estrechas miras. Imitemos á los padres de familia que se esfuerzan en legar á sus hijos mayor patrimonio que el que les cupo en suerte; recojamos tan provechosas enseñanzas; procuremos aumentar el acervo común; acrecentemos la valiosa herencia, y, acrecentada y rica, pase la hermosa lengua castellana de nuestros labios á los labios de la posteridad.



ÍNDICE

ÍNDICE

DE LOS AUTORES CITADOS EN ESTE OPÚSCULO

PÁGINAS

<i>Academia Española</i>	7, 24, 25, 26, 29, 42, 45, 48, 49, 51 y 57
<i>Acevedo Diaz</i> (Eduardo)	32, 41 y 56
<i>Acuña</i> (Manuel)	13
<i>Acuña de Figueroa</i> (Francisco)	24
<i>Alas</i> (Leopoldo)	56 y 60
<i>Álvarez de Flórez</i> (Mercedes) . . .	15
<i>Amador de los Ríos</i> (José)	87
<i>Amunátegui</i> (Miguel Luis)	11
<i>Amunátegui Reyes</i> (Miguel Luis)	1, 13, 43, 44, 49, 56 y 62
<i>Andrade</i> (Ólegario V.)	13
<i>Arquellada y Mendoza</i> (José de)	15 y 17
<i>Arreguine</i> (Víctor)	40
<i>Ascasubi</i> (Hilurio)	45
<i>Avendaño</i> (Joaquín de)	9 y 37
<i>Azara</i> (Félix)	44 y 54
<i>Balcarce</i> (Florencio)	58
<i>Baralt</i> (Rafael María)	10, 12, 21, 25, 36 y 49
<i>Barcia</i> (Roque)	8, 24, 25, 47, 48, 50, 51, 54, 55, 56 y 59
<i>Bauzá</i> (Francisco)	40 y 46
<i>Bello</i> (Andrés)	5, 6, 11, 12, 20, 21, 29 y 56
<i>Berchon</i>	60
<i>Bermúdez</i> (Washington P.)	46
<i>Bernárdez</i> (Manuel)	54
<i>Berra</i> (Francisco A.)	31 y 36
<i>Bescherelle</i>	38 y 49
<i>Bobadilla</i> (Emilio)	25, 36, 59 y 60
<i>Brenes</i> (Alberto)	33 y 53
<i>Bretón de los Herreros</i>	11, 20, 27 y 37
<i>Buffon</i>	51
<i>Bustamante</i> (José Cándido)	46
<i>Campo</i> (Estanislao del)	26, 47 y 56
<i>Campoamor</i>	31

PÁGINAS

<i>Cánovas del Castillo</i>	37
<i>Cañete</i> (Manuel)	11
<i>Capmany</i>	36
<i>Caro</i> (José Eusebio)	12
<i>Carvallo Goyeneche</i>	8
<i>Casado</i> (José)	51
<i>Castell</i> (R. Ricardo)	15
<i>Cervantes</i>	6, 11, 27, 30, 38 y 48
<i>Clemenciu</i>	7, 11, 19, 30 y 37
<i>Coll y Vehí</i>	11
<i>Costa</i> (Ángel Floro)	44
<i>Cuervo</i> (Rufino José)	5, 10, 24, 29 y 53
<i>Decoud</i> (José S.)	31
<i>De María</i> (Isidoro)	40
<i>Díaz</i> (Leófilo E.)	61
<i>Díaz Rubio</i> (Manuel M.)	10
<i>Dominguez</i>	25
<i>Donoso Cortés</i>	8, 20 y 57
<i>Dufort y Álvarez</i> (Anacleto)	33
<i>Echegaray</i> (José)	16
<i>Espinosa</i>	53
<i>Espronceda</i>	37
<i>Fabié</i> (Antonio M.)	8
<i>Faria</i> (Eduardo de)	52
<i>Feijoo</i>	2
<i>Fernández Madrid</i> (José)	14
<i>Flores</i> (Manuel M.)	14 y 17
<i>Gagini</i> (Carlos)	33, 35, 38, 53 y 59
<i>Gener</i> (Tomépoy)	28
<i>Gómez</i> (Juan Carlos)	31
<i>Granada</i> (Daniel)	35, 42 y 46
<i>Granada</i> (Fray Luis de)	6
<i>Guevara</i>	9
<i>Gumucio</i> (Rafael B.)	53
<i>Gutiérrez</i> (Ricardo)	13
<i>Gutiérrez de la Vega</i> (José)	25
<i>Hancock</i> (A. U.)	51
<i>Hartzenbusch</i>	5 y 30
<i>Hermosilla</i>	7
<i>Hernández</i> (José)	33, 42 y 46
<i>Isaacs</i> (Jorge)	30
<i>Isla</i> (El r.)	9 y 55
<i>Joubert</i>	5
<i>Jorellanos</i>	5, 7, 10 y 20
<i>Juan Lorenzo</i>	48
<i>Larra</i>	7, 14 y 20
<i>Laso</i> (Faustino S.)	31
<i>Laso de la Vega</i> (Ángel)	15
<i>Lavalle</i> (J. A. de)	50 y 59
<i>Lessing</i>	15
<i>Letelier</i> (Sandalio)	17
<i>Littre</i>	49
<i>Lope de Vega</i>	30
<i>López</i> (Vicente Fidel)	40 y 46
<i>Lozano</i> (El padre)	55 y 61

PÁGINAS

<i>Llorente</i> (Juan Antonio)	37
<i>Magariños</i> <i>Cervantes</i> (Alejandro)	16
<i>Mansilla</i> (Lucio V.)	26, 30 y 36
<i>Mariana</i> (El P.)	7
<i>Martínez de la Rosa</i>	7 y 37
<i>Martínez López</i>	9 y 51
<i>Martínez Vigil</i> (Daniel)	24
<i>Menéndez y Pelayo</i>	47
<i>Mitre</i> (Bartolomé)	12 y 40
<i>Molière</i>	23
<i>Molina</i>	9
<i>Mora</i> (José Joaquín de)	8, 11 y 37
<i>Moratin</i>	20, 26 y 28
<i>Muñoz</i> (Daniel)	44
<i>Núñez de Arce</i> (Gaspar)	15 y 61
<i>Ochoa</i> (Eugenio de)	7
<i>Ortega Munilla</i>	43
<i>Orcen</i> (Juan)	20
<i>Pacheco</i>	37
<i>Palma</i> (Ricardo)	1, 3, 10, 11, 13, 18, 19, 21, 22, 24, 25, 26, 27, 28, 29, 30, 31, 33, 34, 35, 36, 38, 39, 42, 44, 45, 47, 49, 50, 51, 52, 53, 54, 56, 57, 58, 59, 60, 61, 62 y 63
<i>Palleja</i> (León de)	44
<i>Pardo Bazán</i> (Emilia)	8
<i>Paz Soldán</i>	23 y 57
<i>Pelliza</i> (Mariano A.)	36
<i>Peña</i> (Carlos María de)	32
<i>Pérez Galdós</i> (Benito)	26, 41 y 59
<i>Peza</i> (Juan de Dios)	14
<i>Pichardo</i>	53
<i>Pimentel</i> (Francisco)	9
<i>Posada</i>	56
<i>Poucel</i>	26
<i>Quintana</i> (Manuel)	9
<i>Ramírez</i> (Carlos María)	32
<i>Real de Azúa</i> (Gabriel Alejandro)	16
<i>Reyles</i> (Carlos)	45 y 58
<i>Rivodó</i> (Baldomero)	8, 20, 21, 23, 24, 33, 34, 49, 53 y 61
<i>Rodríguez</i> (Zorobabel)	22, 23, 25, 30, 35, 53 y 55
<i>Rojas</i>	52
<i>Salaverry</i> (Carlos Augusto)	12
<i>Salvá</i>	5, 9, 24, 25, 26, 37, 47, 48, 50, 51, 52, 54, 55 y 58
<i>Samper</i> (José María)	12
<i>Sánchez</i> (Quintiliano)	16
<i>Santa María</i> (Pablo de)	48
<i>Sarmiento</i> (Domingo F.)	36, 41, 45 y 46
<i>Sbarbi</i> (Rafael María)	9 y 36
<i>Serrano</i>	24, 25, 47, 48, 50, 52, 54 y 55

	PÁGINAS
<i>Solar</i> (Fidelis P. del)	17, 21, 22, 25, 26 y 35
<i>Solis</i>	9
<i>Soto y Calvo</i> (Francisco)	45
<i>Suárez</i> (Marcos Fidel)	9
<i>Thebussen</i>	59
<i>Torres</i> (Juan María)	47
<i>Torrijos</i> (General)	16
<i>Trueba</i> (Antonio de)	37
<i>Valbuena</i> (Antonio de)	11 y 58
<i>Valera</i> (Juan)	11, 15 y 57
<i>Vélez Sarsfield</i> (Dalmacio)	31
<i>Zorrilla</i> (José)	14 y 37
<i>Zorrilla de San Martín</i> (Juan)	54

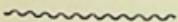


TABLA ALFABÉTICA

TABLA ALFABÉTICA

DE LOS VOCABLOS DE QUE TRATA ESTE OPÚSCULO

	PÁGINAS
Acaparamiento, acaparar	21
Accidentado	21 y 22
Aceitillo	22
Adefesiero	22 y 23
Adulete, adulón, adulonería . . .	23 y 24
Albazo	24
Alternabilidad.	24
Amansador.	24 y 25
Amordazar.	25
Aplomo.	25
Arenillero	25 y 26
Bachicha.	26
Boletería, boletero, boleto. . . .	26 y siguientes
Brin.	28 y 29
Caracha	29
Carátula	29 y 30
Caray.	30 y 31
Caudillaje	31, 32 y 41
Comuna.	32
Condor	11 y siguientes
Cotín	33

	PÁGINAS
Cuyo	6 y siguientes
Chamelicos.	33 y 34
Charamusca.	34 y 35
Charque	35 y 36
Chasque	35 y 36
Chavacano.	10 y 11
Desapercibido.	36 y 37
Desvestirse.	38
Dimisionario	38 y 39
Disforzarse, disfuerzo	39
Disparatero	39
Empacador, empacón	39
Empavarse.	39
Empecinado, empecinarse.	39 y siguientes
Emplumar.	41
Enmonarse.	41 y 42
Esclavatura	42
Frangollador, frangollo, frangollón	42
Fregar	43
Fritanga	43
Galiquiento	44
Galpón	44 y 45
Gauchaje, gauchesco.	45 y siguientes
Gurrupié	47 y 48
Hincarse	48
Independizar	3 y 4
Irrigación, irrigador, irrigar . . .	48 y 49
Jesuitismo.	49 y 50
Logomaquia.	50 y 51
Londonense	51
Masacotudo	51
Mechifilar	51 y 52

PÁGINAS

Montubio	52
Mucamo	52 y 53
Ñáñigo	53
Ñato	53
Pajonal	53 y 54
Panegirizar	55
Pericote	55
Pitar	56
Policiaco	56 y 57
Potrero	57
Presupuestar	57 y 58
Pucho	58
Rabona	58 y 59
Rocamborista	59
Sablear	59
Sinvergüencería, sinvergüenza	59
Tatuaje	60 y 61
Tembladera, tembladeral	61
Tutuma	61
Vivar	61 y 62



ERRATAS NOTABLES

Página	Línea	Dice	Debe decir
19	14	depende	dependa
22	18	<i>Muerte</i>	<i>muerte</i>
29	19	lo propio	lo mismo



